

Plus A l'heure



PINTURA FRANCESA
DEL SIGLO XVIII

RETRATO DE UNA DAMA
ÓLEO DE NICOLÁS LARGILLIÈRE, CONOCIDO POR EL
VAN DYCK DE FRANCIA.

DE LA COLECCIÓN BOSCH-ALVEAR.



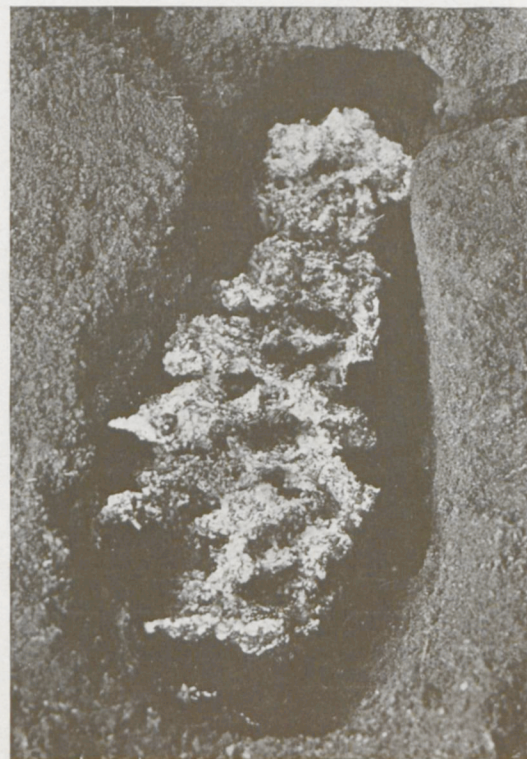
LA HORMIGA COLORADA DE SIERRA DE LA VENTANA



CORTE LONGITUDINAL DE UN NIDO DE HORMIGAS.



«MOELLERIUS SILVESTRII». LA HORMIGA COLORADA, AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE.



UNA DE LAS CAVIDADES DEL NIDO, CON LA HONGUERA.

Durante una rápida exploración de la parte noroeste de la Sierra de la Ventana, el doctor Carlos Bruch ha reunido interesantes colecciones, principalmente de formícidos de dicha región. Ha podido observar cierta semejanza en costumbres de las mismas especies que habitan también algunas provincias del norte argentino. Por ejemplo, la hormiga colorada «*Moellerius Silvestrii*», especie abundante y muy parecida a nuestra hormiga negra, que construye su nido—véase la fotografía—de varias cámaras u hoyos superpuestos,

comunicados por estrechos pasajes. En los hoyos inferiores se encuentran las llamadas «hongueras», formadas por las obreras, de los vegetales que llevan al nido, donde los cuelgan en laminillas, sobre las cuales cultivan los micelos del hongo que les sirve para alimentar su cría.

La expedición fué realizada durante el pasado período de vacaciones y formaba parte de un vasto plan de estudios en el que tomaron parte otras expediciones, organizadas por la dirección

del Museo de La Plata, dirigidas por los especialistas señores Carette, Udiona, Scola, Kanter, Lehmann Niestche, Debenedetti y Lafone Quevedo.

El resultado fué admirable, como no podía menos de esperarse, dada la pericia y la laboriosidad de dichos sabios. La fauna marina de Puerto Madryn, los fósiles de Monte Hermoso, la flora de Río Negro, los yacimientos geológicos y etnológicos de Catamarca y La Rioja y Río Negro, todo esto fué cuidadosamente estudiado.

MAPLE MUEBLES Y DECORACIONES



COMEDOR ESTILO «ELIZABETHAN» CON SU CARACTERISTICO CIELO-RASO, FRISO DE TAPESTRY Y PAREDES REVESTIDAS DE ROBLE. — UNO DE LOS VARIOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA



“¿Cómo es que pone Ud. objetos calientes sobre la mesa?
¿No teme Ud. arruinarla?”

“No, esta mesa está pulida con Cera Preparada de Johnson.
Da tanta protección al barniz que el calor no lo perjudica.”

CERA PREPARADA DE JOHNSON

protege y conserva el barniz,
haciendo mayor su duración y
belleza. Limpia y pule en una
operación. Cubre las man-
chas y rayas. Evita que el
barniz se parta.

La Cera Preparada de Johnson
puede usarse sobre el acabado más
fino sin peligro alguno. La superficie
como cristal que produce, protege el
barniz y le da el brillo de un espejo.
No contiene aceite y no se pone pega-
joza con el tiempo caluroso. No retiene
las manchas de los dedos y no puede
recoger el polvo. Puede usarse sobre

Muebles

Obra de madera

Linóleo

Automóviles

Pianos

Objetos de cuero

Quedará Ud. sorprendido de los resultados
maravillosos de una sola aplicación de esta Cera.

El lugar donde haga Ud. sus compras
puede proporcionarle
los productos Johnson
—si no los tuvieren,
pueden obtenerlos de
los distribuidores:

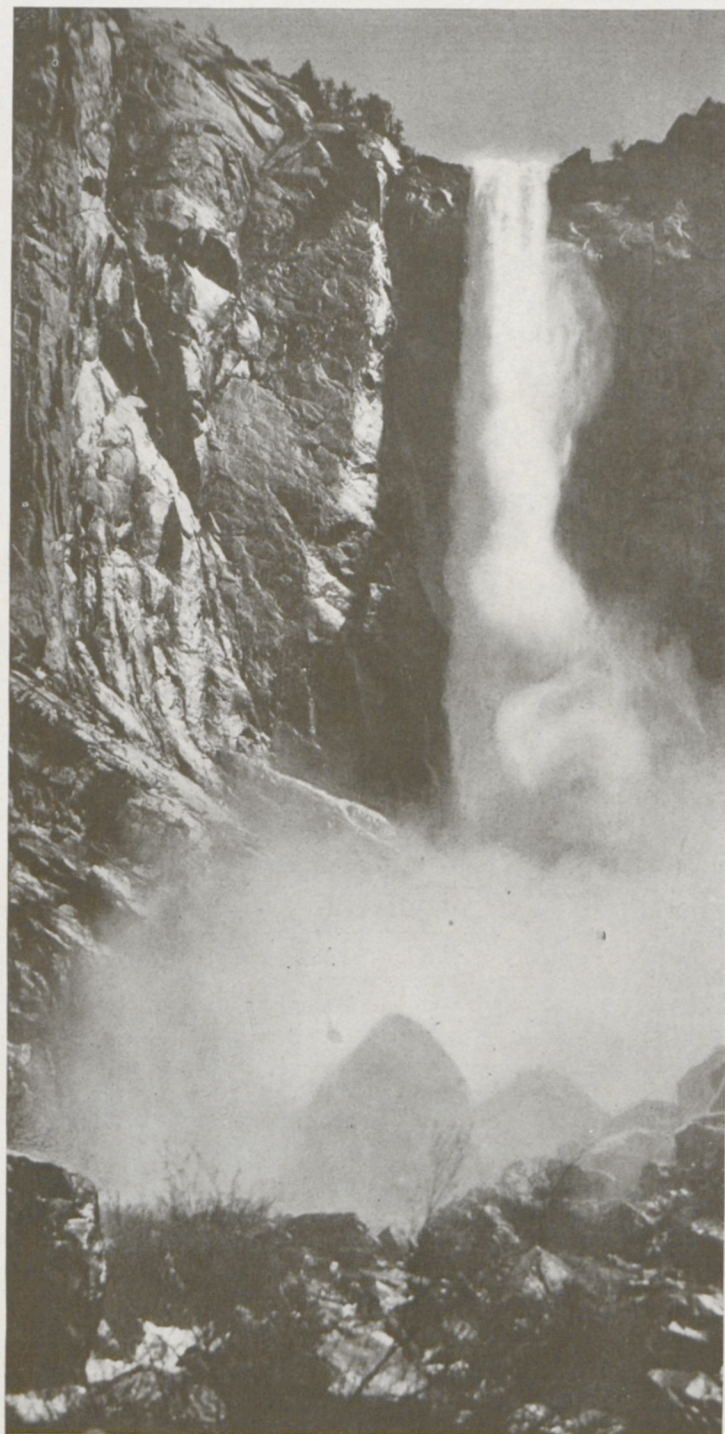
**JANKEE SPECIALTIES
AGENCY**

Rivadavia, 1255, Bs. Aires

S. C. JOHNSON & SON
Fabricantes
Racine, Wisconsin, E. U. A.



UN RIVAL DEL NIÁGARA



Nadie sería capaz de quitarle importancia a esa confederación
de saltos acuosos vulgarmente conocido con el nombre de Niágara.
Y, sin embargo, el Niágara merece ser descendido de categoría; es
un usurpador de otras cataratas más altas y más hermosas.

Sin hablar de nuestro Iguazú, que merece el imperio supremo,
examinemos la Bridal Vell Fall o Catarata del Velo Nupcial, que
en medio del Parque Nacional de Yosemite, en California, rivaliza
en belleza y en altura con las caídas del Niágara. Este gigantesco
velo de desposada tiene 620 pies de largo y es la más pequeña de las
cataratas existentes en dicho parque, pues la superior del Yosemite
alcanza a 1.430 pies y, en total, ambas con las cascadas intermedias
llegan a tener media milla de accidentado curso.

El Parque Nacional de Yosemite, uno de los mejores que hay en
Estados Unidos, cubre una área de 1.125 millas cuadradas.

Yosemite es una voz india que significa «El Destructor», nombre
que los antiguos habitantes de aquella región daban al oso pardo,
fiera a quien temían y no sin razón. También llamaban al conjunto
de cataratas yosémitas Po-ho-no, o sea, «El Espíritu del Viento
Malo», porque las ráfagas de aire al correr entre la columna y el muro
disipa el agua en velos de encaje, motivando una serie de matices
irizados donde los indígenas creían ver un genio sobrenatural.

Toda descripción resulta verdaderamente pálida junto al sublime
espectáculo de las cataratas yosémitas.

Además de la hermosura que poseen estos saltos de agua, el parque
es uno de los parajes más encantadores del mundo, por su esplén-
dida vegetación y su clima templado y sano.

NOÉ

La alegría de los niños

se manifiesta tan pronto como ven la marca NOÉ, o sea la que protege todos los juguetes y carritos fabricados expresamente para ellos. Las mamás, que aún no hayan visitado nuestra Exposición, quedan invitadas para hacerlo cuando les sea cómodo; en ella encontrarán más de un artículo de adaptabilidad innegable para el Hogar.

Eugenio C. Noé & Cía.
SAN MARTIN, 175 - Bs. Aires ==

se manifiesta tan pronto como ven la marca NOÉ, o sea la que protege todos los juguetes y carritos fabricados expresamente para ellos. Las mamás, que aún no hayan visitado nuestra Exposición, quedan invitadas para hacerlo cuando les sea cómodo; en ella encontrarán más de un artículo de adaptabilidad innegable para el Hogar.

SAN MARTIN, 175 - Bs. Aires ==

EL CRÁTER-LAGO DEL PARQUE NACIONAL DE OREGÓN



UN LAGO DE INTENSO COLOR ÍNDIGO QUE LLENA EL CRÁTER, APAGADO, DE UN VOLCÁN PREHISTÓRICO. EL LAGO TIENE UNA PROFUNDIDAD DE 2.000 PIES Y SUS PAREDES SE LEVANTAN DE 1.000 A 2.200 PIES SOBRE EL NIVEL DE MAR.

Consejos Caseros para Conservar la Belleza

EN LOS DIAS ESTIVALES, ES SIN DUDA ALGUNA, DIFÍCIL RETENER LA ATRACTIVA LOZANÍA DEL CUTIS. MIS AMIGAS Y YO HEMOS PROBADO ESTAS SENCILLAS RECETAS, QUE PUEDO RECOMENDAR CON TODA CONFIANZA, PARA AYUDAR A LA CONSERVACIÓN DE LA BELLEZA. CASI TODAS LAS FARMACIAS PUEDEN OBTENERLE LOS PRODUCTOS INDICADOS.

Charlotte Rouvier.



UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

LOS puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlos al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado, se baña el rostro con el agua «estimulizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

UN PROCEDIMIENTO SIN IGUAL PARA CONSERVAR LA BELLEZA

COMO que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de «absorción». Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido, debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de cold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema, son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax», impresa en azul.

CABELLERAS ONDULADAS

POCAS personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza

de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, solo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

PARA EVITAR EL VELLO

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo, es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no solo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

SE ACABARON LAS CANAS

NO es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de «bay rum» o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

OBSEQUIOS

útiles, artísticos y de gusto, hallará usted en la exposición especial que Gath & Chaves celebra en la Casa Central y en el Anexo.

OBSEQUIOS PARA SEÑORAS

Estuches con perfumes, «Manicures», Juegos de tocador, Abanicos, Sombrillas, Carteras, Bolsas, Juegos de peinetas, Cortes para Vestidos y para Blusas, Juegos de Lencería, Kimonos, y Pyjamas de novedad, Collares de perlas, de ámbar y de fantasía y otra gran cantidad de artículos novedosos, cuya larga serie no es posible detallar en un aviso.

ANEXO

OBSEQUIOS ARTÍSTICOS Y DE FANTASÍA

Estatuas de bronce y de mármol, de bronce y marfil, Columnas de mármol para sala, Floreros y Jarrones de Sevres, Limoges, Nancy y Delf, Juegos de Carpetas para escritorio, Juegos para té y café, de plata, Juegos de mesa de finísima porcelana, Estuches con cubiertos de plata, Tinteros artísticos, etc.

CASA CENTRAL

Reccmendamos muy especialmente, visitar la Exposición que de OBJETOS DE ARTE JAPONES, realizamos en el 4.º piso de nuestra Casa Central.

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

Anexo: Av. de Mayo,
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.





Un regalo *Harrods* se aprecia doblemente por su distinción.

Seleccionar un obsequio en los salones *Harrods* es tarea amable, que una persona de buen gusto está en condiciones de realizar, satisfaciendo al mismo tiempo exigencias de arte, refinamiento y cultura.

EXPOSICIÓN DE JUGUETERÍA
Tercer piso

CASA EN MAR DEL PLATA
San Martín, 2465 - U. T., 292

Harrods FLORIDA 877
PARAGUAY 554



LA ENTRADA DEL NUEVO AÑO

ESPERANDO LAS DOCE
GOUACHE DE ALONSO.

ERAS ALAS

Con la niebla

Por ADA NEGRI

DIBUJO
LARCO

Raimunda levantó el cuello del abrigo estirado sobre su elegante busto de serpentina flexible; envolvió alrededor del cuello el boa de fina piel hasta la altura de la nariz, metió las manos en el manchón, y se sumergió, con la cabeza baja, en la niebla.

Tan densa, tan opaca era la niebla, que se podía cortar con un cuchillo. Penetraba en la boca y en la nariz, quitaba el aliento, daba la sensación de la asfixia. Calles y casas desaparecían, disueltas en la impalpable masa de vapor. Atmósfera de sueño. Pero de un sueño siniestro, lleno de asechanzas.

Tenía uno que abrirse paso a guisa de los nadadores en el agua, venciendo la resistencia del elemento. Los coches, muy escasos, avanzaban lentamente, sombras vagas y deformes en el ambiente gris, dejando oír los cascabeles de los caballos. La niebla espesa y mórbida no tenía la menor hendedura, atenuaba los rumores, enmascaraba las fisonomías.

De esto último, sobre todo, se felicitaba Raimunda, que caminaba con segura planta, conociendo tan bien su camino cotidiano del escritorio a la casa, que los pies la hubiesen llevado sin la ayuda de los ojos. Raimunda tenía la parte derecha de la cara horriblemente estropeada. A los diez años una mala caída sobre las encendidas brasas de la chimenea la había dejado así. Por ironía de la suerte, creció ágil y bellísima de cuerpo, de sangre ardiente, de inteligencia vivaz, creada seguramente para una vida de amor, si aquella atroz media careta, arrugada, violácea, estirando la boca en una mueca grotesca cuando se reía, no la hubiese afeado para siempre.

Ante su aparente alegría, de una exuberancia a veces excesiva, parientes y amigos pensaban y decían:

—Por fortuna es indiferente a su desgracia. Para el monstruo no existe la propia monstruosidad.

Se engañaban. No, acaso, la madre, a la cual el sexto sentido materno daba pupilas más penetrantes; pero, débil criatura crepuscular, trataba ilusionándose, de guardar para sí vergüenza, dolor, remordimiento.

La verdad era ésta: fuera de las horas de olvido que nos concede el sueño, ni un solo minuto de la vida de Raimunda transcurrió sin que — andando, hablando, riendo, durante las más graves o las más insignificantes ocupaciones, sola o entre mudos — ella se viese en su inexorable fealdad, con aquellos terribles ojos «internos» que no engañan nunca.

Por eso, en su habitación no había espejos. Por eso, llevaba sombreros de una gran sencillez, que se pudiesen colocar al desgaire en la cabeza, sin ayuda de alfileres, poniéndose largos y espesos velillos bordados, los que, así y todo, no concluían de tapar completamente las señales dejadas por el fuego.

Alguna vez, en la profunda noche, un incubo obsesionante, la despertaba sobresaltada, haciéndole latir el corazón apresuradamente; y ella dirigía a las tinieblas sus pupilas cegadas todavía por el sueño y súbitamente, en la implacable memoria de los sentidos se le aparecía esculpida la visión de su rostro, y pensaba, con terror, la desgraciada, que la sombra se desvanecería con la noche; que la luz retornaría y con ella las miradas piadosas, irónicas, estúpidas o furtivas sobre su deformidad.

Hay tragedias que sorprenden a un ser en plena belleza, en plena felicidad, en plena armonía de acción; y le persiguen y le cercan vertiginosamente: después le depositan en tierra, inerte pero libre; vuelve a vivir, a gozar de las fuerzas naturales, a respirar energía y esperanza, como si nada le hubiese sucedido. También hay, en cambio, la tragedia muda, sorda, constante, fija, con la inexorabilidad del cáncer. No existe fuerza de olvido que pueda alejarla, o de dominio que pueda vencerla.

En ese estado vivía Raimunda. No dejaba aún transparentar a los hombres si no lo que era imposible esconder: el estigma del rostro.

Sentíase aislada. Entre su propio flúido y el flúido de los otros se interponía una prohibición. Aquel veto la deshonraba como una condena. De los doce a los diez y seis años, en la escuela técnica, en los grupos de las compañeras no había oído más que hablar de amor. Parecía que entre to-

das aquellas muchachas destinadas a ganarse la vida entre el olor a humedad de las casas de comercio o el olor a tinta de los escritorios; que entre aquellas adolescentes, frutos acerbos aun, no germi-nase sino el deseo del amor. Aritmética, dibujo, física, gramática, no servían en realidad más que de pretextos, inventados por la dura existencia y la voluntad de los padres, para engañar, para destruir en flor el instinto atávico en aquellas jovencitas que ya daban furtivamente un nombre y un cuerpo a su necesidad de amar y de sentirse amadas.

Más tarde, en el establecimiento de máquinas e instrumentos fotográficos, donde Raimunda consiguió entrar en calidad de dactilógrafa, entre los compañeros de trabajo no había visto más que amor, ilusión de amor, mentira de amor. Las empleadas, elegantemente vestidas con trajes cortados según el último figurín, y de tela de una lira y media el metro, con tacones altísimos, con cejas y párpados pintados, «flirteaban» nerviosas, con los jovencitos del escritorio; o bien, encontraban a la puerta, cuando salían al anochecer, el amigo dispuesto a acompañarlas. Las diversas corrientes chocaban unas con otras, produciendo chispas con el choque y creando para Raimunda una irrespirable atmósfera magnética. Su juventud estaba obligada a mantenerse fuera de aquellas vibraciones de placer. Para ella no podía subsistir la ley natural de la existencia. Lo sabía. Y parecía resignada; mas, en el fondo, envilecimiento, deseo no satisfecho, rencor, se le enroscaban dentro como sierpes.

Llegó a desear quedarse ciega, para que su ceguera consiguiese ocultarla a los ojos de los demás: parecida en esto al niño que, tapándose con el brazo levantado en forma de arco, cree hacerse invisible. Concluyó por sentirse bien sólo en la sombra; y hubiese querido moverse siempre en la densa bruma que la envolvía aquel atardecer de noviembre, dándole una sensación inesperada, y mordiente de agilidad, de libertad, de seguridad.

La llama de un farol de gas, de un tono rojo negro, en la espesa niebla, le indicaba la esquina de las calles Solferino y Pontaccio. Deslizábase rozando las paredes, abrigada y dichosa, cuando una voz masculina susurró a su espalda:

—Señorita...

Sin volver la cabeza, continuó su camino, con el corazón latándole agitadamente. Nadie, nadie, hasta aquel momento la había seguido por la calle.

—Señorita...

El hombre la seguía efectivamente, ajustando su paso al de ella, murmurando otras palabras, vacías, incoherentes, dulcísimas. Raimunda le oía por primera, quizás por única vez; y la voz varonil era cálida, profunda, aterciopelada, de esas que conmueven inmediatamente.

Con un rapidísimo movimiento de la cabeza y de los ojos había percibido la alta figura de un joven, esfumada en la bruma que obscurecía, velándolas, las líneas fisonómicas. ¡Ah!... Aquel desconocido no la había visto de frente, no había tenido que contener el escalofrío de horror ante la media máscara deformada. Espeso velo, espesa niebla, hora de ensueño, en la cual hasta ella podía ser bella para un hombre: hora que, acaso, no retornaría nunca!...

Calló, le dejó hablar, dejó que el desconocido se le acercase hasta tocarle la espalda, tanto que sintió en su cuello el aliento perfumado con el olor del cigarrillo.

—... Señorita... ¿Cómo se llama?... No corra tanto. Dígame su nombre, su lindo nombre. Señorita...

Ninguna respuesta; pero sí un consentimiento lleno de turbación en el silencio mismo, en el paso algo menos apresurado; en el modo de alzar el manchón hasta cubrir la barbilla y la boca. La niebla les unía y los separaba al propio tiempo. Otras fantásticas sombras pasaban, lacras negras aparecidas en la órbita de luz de los faroles, rápidamente sumergidas en el grisáceo elemento. Milán era una inmensa nave náufraga, donde Raimunda agonizaba en una dulcísima agonía; revelada por fin a un hombre; al fin mujer, temblorosa de muda felicidad; temiendo sólo que la hora del encanto acabase.

En el «corso» Garibaldi, cuando advirtió que únicamente la separaban cien pasos de la puerta de su casa, tuvo un momento de perplejidad, se detuvo y apoyóse en la pared, en silencio. El desconocido vió en aquel singular acto una invitación. Atrajo hacia sí a la joven, por el brazo, buscó, ávido, la boca, sin verla; y, a través del velo, la besó.

Con inmenso asombro de su parte, el beso le fué devuelto.

Ladrona de amor era ella, sí, y lo sabía y gozaba de serlo, cerrando en aquel momento su vida de mujer, acumulando en aquel instante, sueños,

deseos, estremecimientos, caricias, ímpetus de rendición, deleite de sensaciones, toda la parte oculta de sí que a la despiadada luz del sol no tenía derecho de existir.

Cuando los golosos labios se separaron lentamente y el larguísimo beso tuvo fin, el hombre estupefacto, ebrio, ciego, quedó atontado en la vereda y notó que la muchacha se le escapaba de las manos con agilidad de lagartija y que desaparecía en la sombra.

No trató de seguirla. A un metro de distancia hubiese resultado imposible reconocer a una persona. La masa fluctuante de los vapores se hacía más densa cada vez, convirtiéndose en un cuerpo casi sólido.

Encontrada por virtud de la costumbre la puerta de su casa, subida, con la cabeza baja, una húmeda escalera de caracol, también invadida por la niebla, Raimunda hizo sonar la campanilla de una modesta y oscura puertecilla. Contestó a la madre que, inquieta y presurosa, le abrió, murmurando precipitadamente unas palabras de saludo. Después, con voz ronca: — Esta noche no como, me duele la cabeza, quiero descansar, cúlpame. — Y se deslizó en su cuarto encerrándose en él.

En la cama, a oscuras, con los brazos cruzados sobre el pecho, con los hermosos ojos enormemente abiertos fijos en las tinieblas, estremecido aún todo el cuerpo bajo la invisible caricia de la masculina voz carnal, sintiendo en la boca el sabor del beso único, se revolvió, sobresaltóse, se retorció, rogó a Dios que nunca la arrancase de la memoria aquella hora — y lloró, y rió.





PRIMER SALON NACIONAL DE ARTES DECORATIVAS.

El escultor o pintor, al hacer su obra, tienen como único fin expresar su amor o su idea, sin pensar en el sitio o marco en que haya de ser colocada. Hablamos, naturalmente, de la obra que se hace como una necesidad del alma y no del encargo de decorar un templo, una fuente o una tumba.

El decorador tiene, en cambio, la misión de embellecer, haciendo el marco o trabajando dentro de él como en los muebles, las armas, la cerámica, la orfebrería, los libros.

Esta pequeña digresión quería desvanecer el prejuicio de ser las Artes Decorativas cuestión de procedimiento, siendo así que lo son de principios.

Pasando al asunto que tan gratamente nos ocupa, felicitamos a los organizadores del Primer Salón Nacional de Artes Decorativas hecho, como todo ensayo artístico, a base de



ALFOMBRAS, MUEBLES Y CERÁMICAS, DEL SEÑOR CLEMENTE ONELLI.



CANDELABRO DE MADERA TALLADA DE FRANCISCO BATISTA.

disgustos, trabajos y molestias, y cuya presentación indica el buen gusto y el fino criterio del jurado. Nos revela este Salón que hay en la Argentina, en Artes Decorativas, más de lo que sospechábamos, aun sabiendo que no están en él todas las que, por sus tendencias, tienen allí un puesto señalado.

Ni el maravilloso y delicado arte de la medalla, que tantos cultivan entre nosotros, ni la platería de abolengo argentino tienen allí un solo representante. También se nota la casi ausencia de los ilustradores y grabadores, que hubieran podido hacer una buena sección de las artes del libro.

Hay que añadir que en este Salón hay tal abundancia y diversidad de obras femeninas que los hombres se encuentran en minoría, y así como empobrecidos ante aquel diluvio de nácares, estaños, cueros, bronce y porcelanas.

Es la primera sala, se puede decir, la de los dibujantes, hay un dibujo de Carnacini, «En la montaña», donde a la hora del crepúsculo unas ovejitas bien dibujadas se dirigen no sabemos dónde, dejando impresionado al espectador de corrección y aburrimiento. Hay también el diluvio de bayaderas y princesas lejanas que todos los años y en todas las exposiciones desatan unos jóvenes muy meritorios, pero muy monótonos.

Dos desnudos de Larco, de gran delicadeza de matices en las carnes y una



ILUSTRACIONES DE LOS «DIALOGOS OLÍMPICOS», OBRA DE LÓPEZ NAGUIL.



riqueza de colorido en los fondos, y dos proyectos de vidriera, llenos de sentimiento, pero quizá demasiado pálidos, en relación con su asunto y destino. El otro proyecto de vidriera del señor Molinari, «Silueta nocturna», está, en cambio, admirablemente entonado con su asunto, aunque quizá saliera ganando con ser más fuerte el contraste del primer término con el fondo. Huer-go presenta dibujos y juguetes llenos de ese humorismo tan suyo y tan infantil, que no merecían ser amontonados en el suelo donde pasan casi inadvertidos. Alejandro Sirio envió cuatro dibujos, que si bien están hechos con la honradez a que nos tiene acostumbrados, no añaden nada nuevo a su prestigio. La señora Magdalena Lernoud de Casaubón tiene en la misma sala un magnífico y señorial cofre de madera con aplicaciones de bronce, y Cayetano Manuel un curioso jarrón, coloreado como un pañuelo o mantón de Manila, por medio de un procedimiento inventado por el autor. Al lado, y como nota de igual brillantez de colorido, un al-



broches, colgantes, peinetas y encuadernaciones, con toda clase de adornos de nácares, bronce y cristales, que sería imposible detallar aunque la memoria conserve un recuerdo delicioso de acertados detalles y disposiciones.

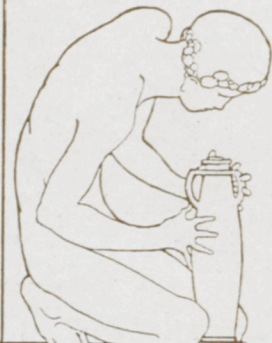
En la tercera sala están los únicos proyectos decorativos que hay en todo el Salón, que son los del señor Carrasco; y erguidos como guardias de honor dos candelabros, uno de aspecto aristocrático y madera tallada de Francisco Batista, y otro repujado en bronce, de una gran distinción y serenidad.

Una impresión de nobleza y buen gusto da esta sala, a pesar de estar formada por dos expositores tan distintos como Guido y Onelli. Tiene éste unas sillas y bancos, una puerta del siglo XVII y varias alfombras, tapices y cortinas que evocan maravillosa y justamente aquella época colonial, verdadera edad de oro del señorío y la distinción o la brava y pintoresca vida calchaquí, indicando los envíos del señor Onelli, un criterio muy sabio y muy artístico. Pero a nosotros nos entusiasman los artistas



«JARRÓN BIBIANA» DE CAYETANO MANUEL, Y ACUARELAS DE HUERGO.

CRUCIFIXO DE QUEBRACHO, OBRA DE PEDRO TENTI, Y «SECRETAIRE» MADERA TALLADA, OBRA DE HÉCTOR BENGOLIA.



COFRE DE MADERA Y APLICACIONES DE BRONCE DE LA SEÑORA MAGDALENA LERNOUD DE CASAMBOU, Y PROYECTOS DE VITRAUX DE JORGE LARCO.

mohadón de lana tejida sobre brin, de Fides Castro, titulado «Estrella Sideral». Esto y cinco caretas del doctor Pardo de Tavera representando diversos tipos de raza, algunos de ellos con muchísimo carácter. Este señor tiene también en la segunda sala un colgante de nácar, platino y brillantes, obra de empeño y de muchísimo gusto. La Escuela Profesional de Artes y Oficios de la capital, contribuye en esta segunda sala con unos almohadones, platos y carpetas ejecutados por sus alumnas y de cuyos envíos no recordamos sino que eran lindísimos.

López Naguil ocupa una pared de esta sala, con las ilustraciones de los «Diálogos olímpicos», de un colorido exuberante y que es lástima no vayan acompañados de las viñetas y letras iniciales con que decoró la obra. Lo mejor de los envíos de Naguil, por su espíritu y ejecución, nos parece la acuarela «Hamlet», que tiene en la primera sala. Siguen unas vitrinas atestadas de



REPISA, COFRE Y CACHARROS, DE GERBINO Y. GUIDO.

creadores como Guido y Gerbino que, tomando solamente como base el estilo calchaquí desenvuelven con valentía una fantástica y frondosa ornamentación. Sobrios cuando quieren, hacen la repisa y el portalibros, de una elegancia y una sencillez admirable o dejan correr la fantasía como en los proyectos de papel pintado con elementos calchaquíes, o como en los cofres tallados, ingenua pero primorosamente, y enriquecidos con herrajes y chapas de cobre, que relevan a los creadores de una industria artística nacional que habrá de ir muy lejos si continúa su brioso impulso inicial.

En este desierto de moldes, níqueles, cauchos y bazares es un oasis consolador este Primer Salón Nacional de Artes Decorativas, que ojalá sea el comienzo de una serie de Salones que contribuyan a educar nuestro gusto, Amén.



JOYA ARTÍSTICA

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

ÓLEO DE BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO,
PROPIEDAD DE LOS SEÑORES BOSCH-ALVEAR.





Otro amigo de Mureta



NTE el fuego sagrado de la estufa eléctrica, reconciliémonos, esposa — dijo el esposo. — Ese ara sin llamas sea el horno espiritual, a cuyo suave calor se derrita el plomo de los pesares y se acaramelen nuevamente nuestros corazones.

Las mujeres nunca hablan así, con esa mezcla de énfasis y emoción que los hombres adoptan para no avergonzarse al capitular; las mujeres no

caricaturizan el arrepentimiento, pero les gusta que el amoroso arrepentido se ridiculice algo a la hora de las paces.

— Declárome formalmente vencido, — prosiguió Julio — definitivamente vencido por tu amor y por la vida. Y en este momento culminante de nuestra historia pasional, el otro yo que vivía junto al yo a quien tú amas, desaparece, abdica.

Hagamos un ligerísimo resumen de lo acaecido, para lo cual mi buena

esposa dignarase tomar tranquilo asiento junto a mí y frente a la estufa simbólica. Comencemos.

Hoy hace, casualmente, dos años, tres meses y cuatro días que un sí rotundo, enérgico, varonil halló, como eco, otro sí menudito, musical, femenino. Ambos a dos fueron pronunciados en un sacro recinto entre luz de velas y murmurio de latines. Eramos dignos de la felicidad que el cielo y las crónicas sociales nos auguraban. Belleza, juventud, alegría, bue-

nas acciones industriales y personales formaban tu dote; hermosura, oro sellado, a más de juveniles ilusiones, traje yo al nido. Nuestra luna de miel fué de Venecia y del Himeto.

Jamás, desde que el mundo es in-mundo, puede rememorarse un idilio tan acorde. Cupido, el gentil tuercecito, — advierte que le concedo alguna vista—volaba a gusto en nuestro hogar y las horas deslizábanse ligeras como águilas, sabrosas como faisanes trufados.

¡Mas ay que únicamente son durables los idilios escritos! Los hechos con caricias y palabras, los que nada deben a la imprenta, se agostan rápidamente.

Digna del endecasílabo y de la eternidad era nuestra luna idílica. ¿Quién la eclipsó? Recapacitemos.

Tú, amada, eres prosa, prosa brillante escrita en el libro de la existencia por un literato invisible, por un estilista inaudito, prosa sublime a cuyo lado las de Hugo, Cervantes, Flaubert, D'Annunzio, y otras que no recuerdo en este instante, resultan misivas de un soldado a su prima o viceversa. Y yo, pobre de mí, guardo en el cacumen el ritmo del verso, toda la cadencia de los más largos versos. Mi paso por el globo es una continua onomatopeya — ¿sabes lo que es onomatopeya? — una imitación del aura gemidora, de caballos a galope, de fragores oceánicos. Drama, poesía, comedia es mi vida, como casi todas las vidas varoniles. ¡Así hizo Apolo a los hombres!

A esa tendencia innata llamáis las prosaicas mujeres histrionismo. No sé si la razón os asiste. Yo solamente sé y sostengo que un director sobrehumano, un traspunte poderoso y un apuntador colosal me obligan a jugar diversos roles en el proscenio social.

No protestes; quizás no hayas llegado hasta el fondo de mi pensamiento, acaso quieres decirme que también las mujeres son onomatopéyicas, cómicas e histrionas. Concedido. La dulce mitad del género humano colabora en la farsa. Si; os acicaláis, vestís y habláis jugando roles difíciles que provocan risas o arrancan lágrimas. Los celos, el desdén, el engaño, el puñal, todas las armas y todos los papeles, lo sé... Y en prueba de mi aserto lo corroboro con este abrazo osculizado... y con este otro... que tú, prosaica, rechazas fingiendo una indignación que se encuentra lejos de tu ánimo.

Afirmo... ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Afirmo que el hombre está predestinado a la comedia o, en el peor de los casos, a la tragicomedia. Somos unas víctimas propiciatorias del histrionismo. La imitación puede considerarse como el más despiadado de los verdugos.

Recuerda, amada, el campanudo estilo teatral que nuestros padres empleaban para reñirnos, ese tono que yo emplearé cuando mis hijos — si Dios se sirve darnos frutos de bendición — lleguen tarde a casa, me roben los níqueles o descuiden las lecciones. Y no quiero decirte nada de esos chambergos medioevales, de esas patillas a lo San Martín y otras prendas de guardarropía tan en continuo y general uso.

Añade que el cine ha venido a dar mayor incremento a la sudicha e inveterada costumbre imitativa. La sonrisa de Fairbanks, el distinguido contoneo de los actores mudos norteamericanos, su destreza, su musculatura, todo se imita ahora en casas, calles, cafés, etcétera. Si tú ahora, en un rapto de pasión contenida, en un ademán de piedad conyugal, pasas un brazo en torno de mi cuello ¡así! yo me veré en la obligación cinematográfica de depositar sobre tu lindos labios un ósculo interminable, uno de esos ósculos que ponen fin a la más larga de las películas. No me interrumpas.

Pero noto que cada vez me distancio más y más del objeto de estas cortas palabras. Jóvenes, alegres, enamorados y con un buen acomodo, la dicha era para nosotros una ecuación fá-

cil de despejar. Tu prosa y mi poesía han estado a punto de hacernos infelices, sumamente infelices.

Entre mis papeles favoritos — tal vez sea mi «capo lavoro» — se encuentra el de bohemio. No puedo remediarlo, la independencia, el «esprit» de Rodolfo, Marcelo y compañeros mártires me seducen. Soy otro amigo de Museta, la graciosa y risueña Museta. Pero, entiéndelo bien, amigo platónico, porque para mí Mí-mí eres tú.

Todas las aventuras de esta bohemia, todas las aventuras que han producido nuestro disgusto se reducen a cuatro palabras y cuatro copetines cambiados entre amigos. Nos reunimos, es decir, nos reuníamos en un cafetín bastante típico, Arturo Ponce, Martín Ramírez, Alejandro Juárez y tu amantísimo esposo. Allí se hablaba de literatura, música y otras bellas artes; nada más. Bohemia inofensiva, la única que cuatro muchachos bien pueden lograr en la industrializada Buenos Aires.

Tú, incapaz de comprender la influencia del Arte en el arte de subir los escalones a cuatro patas, has creído, has sostenido, que yo me sumía a pasos agigantados en la sima lóbrega del desenfreno. No hay tal; bohemio candoroso, yo buscaba muy lejos y muy cerca del espíritu de Museta un lenitivo a mis dolores espirituales. Figurábase que mi existencia nocharniega era un prolongado vermuth-tango con vistas a la orgía y al adulterio. Prosa, pura prosa de mujer prosaica.

Bien mirado, no te faltan motivos para pensar tan injustamente. Mas

tú no sabes la honda e indeleble huella que Murger dejó en millares de almas viriles. Refiérome al libro que este maestro escribió bajo el sugestivo título de «Escenas de la vida de bohemia». Si quieres darte cabal noticia del precitado influjo, lee esas páginas enloquecedoras. Te lo voy a traer, no es caro; aquel talento se vende por un óbolo.

Tus amiguitas, — la Providencia las premie — te dijeron horrores de mi pseudoconducta. Aquí hay envidia hacia tu felicidad y hacia mi persona. Amanda, Esther y Raquel han suspirado mucho y en vano por este bohemio que se ha de comer la tierra.

Sin embargo, voy a conceder al malentendido o «quid pro quo» las proyecciones que no tiene. Supón, — si tienes fantasía bastante para tamaña obra — supón, repito, que te encuentras al lado de un esposo infiel, en lugar de codearte con un Rodolfo de mojiganga. Amontona sobre mi culpable personalidad todas las conjeturas, todas las sospechas y todos los horrores pecaminosos. ¡Amontónalos!

Pues bien, aceptando el deprimente rol, paso a jurarte mi arrepentimiento. Y repito uno de los mejores párrafos del exordio: Declárome formal y definitivamente vencido por tu amor y por la vida. Y en el momento culminante de nuestra apasionada historia, el otro yo que vivía infamando al otro yo que tú amas desaparece, abdica y te pide un vaso de soda fresca con... algo.

Las mujeres nunca hablan así, caricaturizando sus arrepentimientos; pero gustan de esa mezcla de énfasis

y burla adoptada a menudo por los hombres, y que es como si un rey vencido se pusiese careta para firmar una rendición.

Ernestina, fingiéndose enojada aún, trajo el refresco.

— Es la última droga que mis labios prueban, amada — exclamó Julio. — Caiga sobre la estufa eléctrica la postrera libación. No te sonrias, es la última y definitiva. Por eso, tal vez, los cielos depositaron en este cristal las mayores dulzura, frescura y calma. ¡Qué rico estaba!

Ahora bien; ajustemos las condiciones de la paz conyugal. Julio I, por la gracia de Dios, renuncia al reino o república de Bohemia que debe declararse independiente bajo la soberanía de Puccini. Ernestina, la Unica, emperatriz por su propia gracia, renuncia sus derechos al imperio de la Prosa. Ambas partes contrariantes convienen en modificar la constitución que regía hasta la fecha los destinos del archiducado sito en la Avenida Vértiz. La modificación se hará por mutuo convenio.

Sí, nena. No desperdiciemos las actitudes histrionicas. El mundo es un teatro, ¿por qué no hacer del idilio una comedia agradable? Hagamos un poco de bohemia casera, estableciendo un programa para cada temporada. Si a la vida no descende la ficción escénica, esa ficción que es un reflejo de la vida misma, no vale el trabajo vivirla. Actores y espectadores a un mismo tiempo representemos nuestros papeles. Así sucede en el mundo: la cortesía, la moda y otros «cosos» que no cito por no escandalizarte, comedia son. Tal tesis tiene tanto de vieja como de verdadera.

¿Me perdonas y quieres ser mi Museta? ¿Sí? Después del ósculo reconciliador y cinematográfico voy a comenzar nuestro idilio bohemio interpretando, como las rosas, la «Canción de Solveig», en que la incansable enamorada le dice primores a su Peer Gynt.

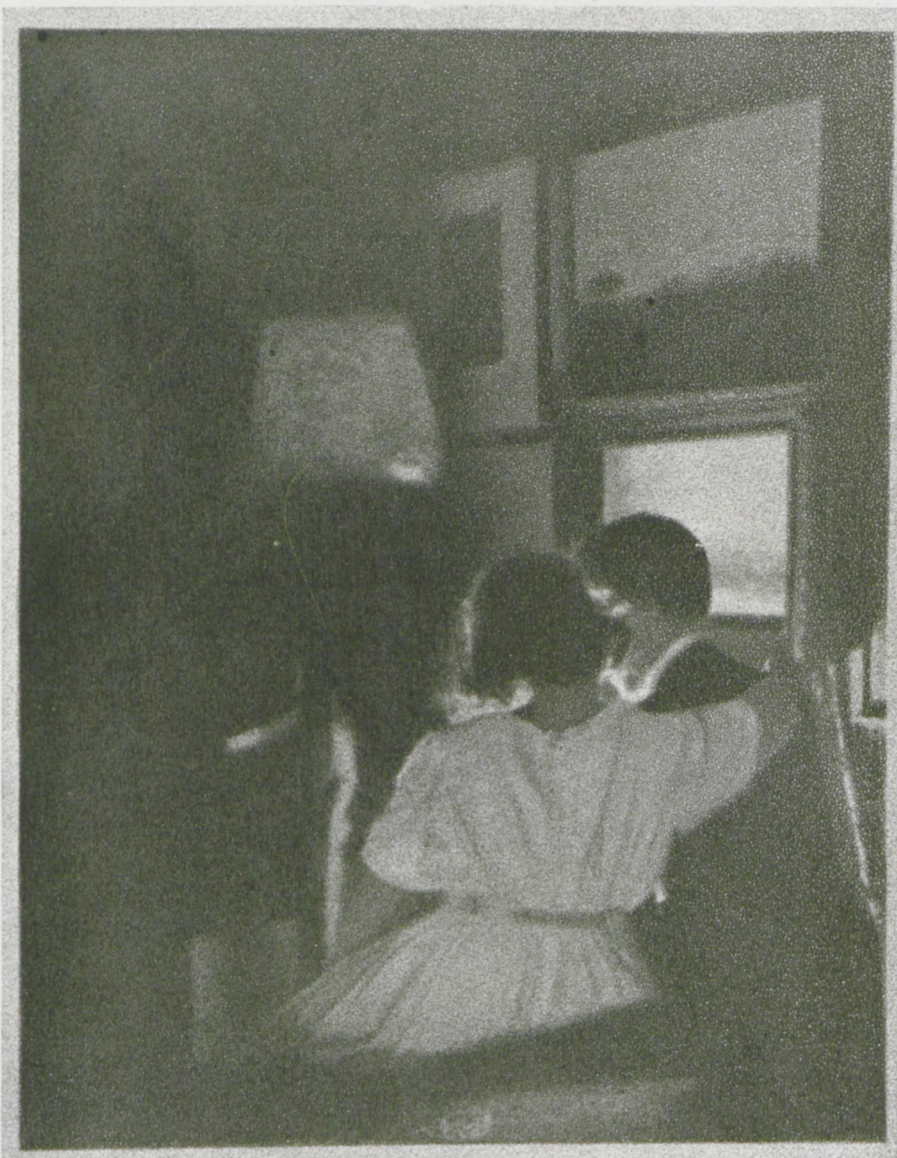
Ha luengos años, hube de leer un cuentecillo lógico. Era protagonista cierto estudiante, enamorado de determinada hermosa e iracunda aldeana. Platos, cabezas y otros adminículos caían dentro de la jurisdicción lunática de la heroína. Aquí del ingenio, porque los biceps y el garrote nada alcanzan contra la testarudez femenina, si la testarudez se apoya en un ánimo desquiciado. Nuestro protagonista, conchavóse como peón de la estancia paterna de la paisana, y propúsose contestar por medio de mayores atrocidades a las atrocidades que su adorado tormento hiciera. Tantas y tan grandes hizo, que ella reconoció en el astuto universitario un amansador incontestable.

Domada la fierecilla, sometióse al yugo matrimonial, pero el fingido bárbaro puso una condición previa antes de la boda. Consistía el «sine qua non» en la compra de dos cuchillos, que cada uno de los esposos pudiera esgrimir contra las narices del otro en cuanto respondiese afirmativamente a la pregunta de «¿no estás contento?»

Y es fama que ninguno dió un sí al armado interrogante.

De la misma o parecida manera, esposa, decidamos hacernos tal pregunta cada vez que entre nosotros se levante la sombra de un disgusto. ¿No estás contenta?

Las mujeres no hablan así, poniendo máscara cómica a sus arrepentimientos; pero aceptan gustosas que el amoroso arrepentido consiga el perdón mediante recursos hábiles.



Eduardo del Saz

ILUSTRACIONES
FOTOGRAFICAS DE
BALDISEROTTO.

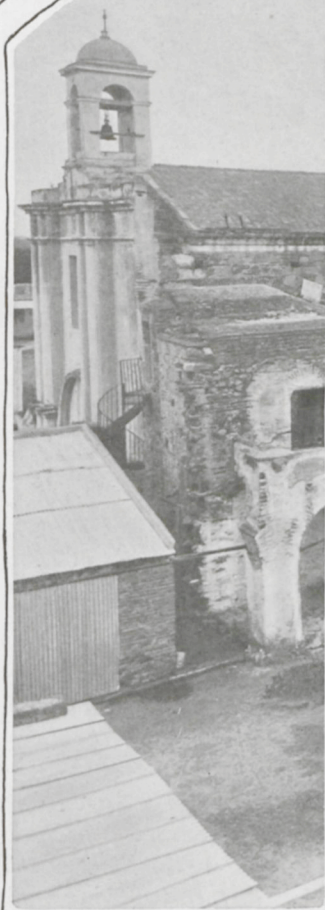


DESCORCHANDO

ÓLEO DE JIMÉNEZ ARANDA.

PROPIEDAD DEL DOCTOR PEDRO N. ELIAGARAY.





PATIO DEL CONVENTO DE JESÚS MARÍA, DEDICADO A JARDÍN.



OR tierras de Córdoba y en días primaverales, busca el turista un descanso para sus nervios y sus ojos. La gran metrópoli, imagen del presente y fantasma del mañana, encuéntrase lejos, bulliciosa, aturridora. Una calma, que parece repentina sordera, invade nuestro espíritu. El verdor inesperado de los campos, las cuestas inusitadas, la brisa serrana, todo es nuevo para el viandante, nuevo y fresco. En venas y arterias corre la sangre de un renacimiento, y su ritmo es tranquilo, sano, fácil como el ritmo de las odas de Fray Luis de León, el poeta que cantaba campestres delicias. Y recordando la carcelaria existencia de Buenos Aires, viene a la memoria aquella décima del maestro, que con desacostumbrado orden en los consonantes, escribió sobre el muro de su prisión:

«Aquí la envidia y mentira me tuvieron encerrado. Dichoso el humilde estado del sabio que se retira de aqueste mundo malvado, y con pobre mesa y casa en el campo deleitoso, con solo Dios se compasa y alegre la vida pasa, ni envidiado ni envidioso.»

Hay en estos campos montañosos un medicamentoso aire que lleva el oxígeno hasta el último de nuestros bronquios, hasta el más ávido de nuestros bronquios, y el sol cae sobre la piel dándole un púrpuro calor.

CORDOBA RESTOS COLONIALES

De un salto, el turista se halla más cerca de la verdadera vida, en contacto con la energía verdadera. Y siente despertarse un repentino espíritu que no se parece al resobado y alambicado espíritu de la ciudad. Por calles y por plazas de Jesús María, entre los primeros veraneantes y entre los vecinos de la pequeña villa, el viandante también da paz a los neurones y a los ojos. Porque allí, el campo lo invade todo, lo penetra todo, sin dejar rincón mal ventilado. En el último recoveco de la iglesia se recibe la comunión del aire puro.

Las tierras de Córdoba son admirables, aptas para todo cultivo. Por eso, Ceres y Minerva hicieron prodigios en el solar cordobés. Frutos óptimos de esa predilección de ambas diosas resultan los monumentos, los hombres y las recolecciones. Citar los apellidos gloriosos en la ciencia y en el Arte, hacer lista detallada de las obras arquitectónicas que embellecen en aquella provincia el suelo de la Patria, resultaría labor inacabable.

En el lejano horizonte del ayer se confunden el cielo y la tierra a nuestro alrededor, ya entendamos por cielo lo que otros llaman infierno o al revés. Para los hombres que aman lo venidero sobre todas las cosas de arriba, y de abajo, el paraíso prometido encuéntrase en la superficie del globo, distanciado del cielo que es el no ser.



EXTERIOR DE LA IGLESIA DE LOS JESUITAS EN JESÚS MARÍA, PROPIEDAD PARTICULAR DE LA SEÑORA MARGARITA CORREAS DE LLERENA. HABITADO POR GENTE TRABAJADORA QUE SE DEDICA A LA AGRICULTURA. EL CURA NO TIENE OTRO DERECHO QUE DECIR MISA EN LA IGLESIA.



EL SEÑOR EDUARDO MENDESKY, EN EL SILLÓN DE MAMPOSTERÍA CONSTRUÍDO SOBRE LA AZOTEA DEL CONVENTO, Y DESDE EL CUAL SE VIGILABA EL TRABAJO DE LOS INDIOS AGRICULTORES.

Los que esperamos para un porvenir, seguramente remoto, una organización más natural, más humana, vemos en lo futuro una realización del pasado. El ayer redimido de sus faltas y de sus imprevisiones, he aquí lo que será el mañana.

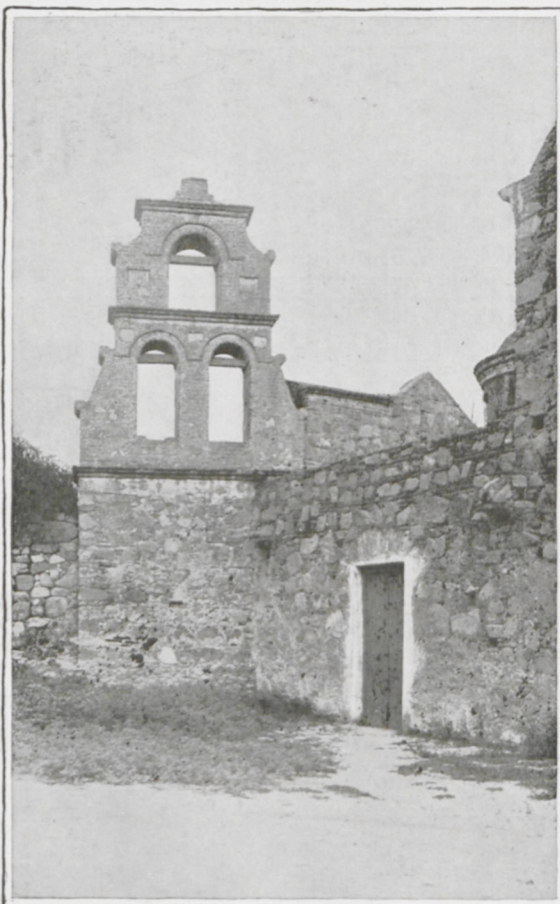
Como aquel viajero, perdido en la estepa, que anda y anda para encontrarse al cabo en el mismo sitio de partida, el hombre corre eternamente alrededor de un punto. Sólo reconoce que se halla extraviado cuando vuelve a ver sus huellas sobre la arena. Pero en el transcurso de ese viaje, la llanura va afirmándose y la arena se fertiliza.

Para los que poseemos esa fe en un retorno a la existencia plácida de días donde hubo cosas mejores, entre mil cosas peores, cualquier vestigio remoto posee alto precio moral junto al valor artístico.

Este patio del convento de Jesús María, esta iglesia, este campanario que el turista «descubrió» en campos de Córdoba tienen una significación encantadora.

Las fotografías darán al curioso lector una fiel idea del mérito artístico que esos monumentos encierran. Y el buen lector sorprenderá en ellas detalles que le digan lo bueno y lo malo de aquella vida pasada.

Fué una lucha contra los obstáculos que se multiplicaban para estorbar las tareas de los hombres bien intencionados. La Naturaleza posee en nuestro continente proporciones desmedidas: ríos como mares, desiertos enormes, cordilleras interminables. Todo quedó vencido a fuerza de constancia, de una constancia que, ansiando apoderarse de las almas en provecho de Dios, dominó la tierra. Todo quedó vencido: en pie las moradas de ese Dios, en geométrico orden los surcos agrícolas, a mano las aguas benéficas.



CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE JESÚS MARÍA, CONSTRUÍDO PROVISORIAMENTE EN 1762, MIENTRAS SE CONTINUABAN LAS OBRAS DEL TEMPLO. AL TERMINARSE ÉSTE, FUERON RETIRADAS LAS CAMPANAS, QUEDANDO EL CAMPANARIO COMO SE VE ACTUALMENTE.

Ese campanario de la iglesia de Jesús María es una obra provisional, comenzada en el año de 1762, mientras se levantaba el templo. Los centinelas de la oración, las campanas que anuncian las horas del acercamiento, hacen al mismo tiempo de señales para el trabajo: la misa del alba es el principio de la faena, el Angelus la señal de descanso. Así las plegarias del alma doliente y las del cuerpo laborioso eran imperiosamente indicadas por tres bronce de armónico timbre.

Y ese sillón de mampostería, estratégico, desde donde el espíritu de la comunidad, encarnado en el reverendo capataz, presenciaba los trabajos del indio agricultor, es un signo de futuras grandezas. Porque sobre aquel trono de la disciplina dominaba un poder llamado por la suerte a exigir la prosperidad de nuestra Patria.

¡Días del coloniaje en las fértiles tierras cordobesas, días recordados con odio y agradecimiento; sin vuestros trabajos, el campo y la raza hubieran caído en la esterilidad que es el más vil de los vasallajes! Pues, si no hay conquista violenta de justicia que no cueste ríos de sangre, no existe tampoco evolución que se realice sin una sobra de labor fatigosa y cruel.

Allí, el ideal de independencia germinaba, aprovechando el detrito de una civilización. El amo, el tirano, el logrero vienen a ser, gracias al lógico poderío de la vida, maestros de libertad, y la opresión el más seguro acicate de la rebeldía. De los arados serviles salen las armas vengadoras.

Escuela de energía y de dignidad resultó el coloniaje, aula inmensa de patriotismo.

Nuestro pasado es la imagen del porvenir, que tomará vida cuando el ayer quede libre de faltas y de prejuicios.

Cientos fanatismos

Se trataba de pescar. Mi compañero, viejo y avezado visitante de las costas y sempiterno familiar de cañas y anzuelos, ponía en mis nervios una enérgica tensión que hubiera podido servir hasta para una empresa de pesca de tiburones.

¡Pescar! Poner el anzuelo y retirarlo con una presa temblorosa y saltona, y luego saborear la fruición de la muerte del animalito por falta de medio ambiente. Era seductora la invitación. Los hombres nos complacemos en el mal... del prójimo.

Marchamos al Dock, bien provistos de aparejos y toda clase de implementos de pesca. Vestidos de lobo marino o algo parecido, lo cual quiere decir que habíamos tomado a lo serio nuestro papel.

—Mucho cuidado,—me gritaba con frecuencia mi compañero,—no hay que dejar escapar ni uno solo; ¡mucho oportunidad en el tirón!

—Oh, por eso no tenga cuidado; siempre he sido muy oportuno en mis tiradas.

Un bote y al otro lado, donde, según mi práctico acompañante, la pesca es más fácil y tranquila.

Pocos momentos después estábamos los dos en *pose* pescadora, paciente y solemne, los aparejos en tren de levantarse toda la fauna del río de La Plata y un espíritu deportivo rotundo y brioso animando la faena, para mí casi extraña por lo nueva, para mi compañero clásica y deliciosa.

Pero he aquí que no picaban los peces. Una hora, dos y ni señales de gente subacuática. Cambio de carnada cada cinco minutos. Cambio de posición cada diez. Cambio de aparejos y, sobre todo, cambio de miradas interrogativas, que eran en mí cuasi humorísticas.

—¿Qué es lo que tiene usted?—bramó mi compañero.

—¿Todavía será capaz de echar a risa esta situación ridícula para un pescador? ¡Parece mentira! Acostumbrado estoy a sacar montones de pescado, que luego se me pierde, después de haber regalado y comido a discreción. Y hoy ni uno solo para remedio.

—Yo no sé qué decir al respecto, amigo. Usted me trajo a pescar inflándome antes de entusiasmo y aquí estoy, hace tres horas, esperando aunque sea uno...

—¡Esto era lo que faltaba! ¡Que todavía me eche usted la culpa de que no piquen!

—No, señor; pero...

—No hay pero que valga. Usted es el de la culpa, porque no tiene vocación para la pesca: lo he notado; ha estado bostezando y por poco si no se ha dormido.

—¿Y eso tiene algo que ver con la falta de peces? ¿Es el pescador el que los atrae o es la carnada? Yo tuve al principio los ojos bien abiertos, puestos sobre el agua, para levantar la caña al primer tironcito que se notara, pero hasta ahora, nada...

—¡Estoy cansado de venir a este sitio y llevarme bolsas llenas de pescado! Nunca me ha sucedido esto. Y es que los animales conocen cuando es un recluta el que tiene el anzuelo.

—Sí; pero usted es veterano en este deporte y tampoco ha pescado uno solo.

—¿Y la *jetta*? ¡Contagia, amigo, contagia! Eso que usted tiene es *jetta*, no me cabe duda, y estoy convencido de que si no me separo de usted, no conseguiré que me pique una sola vez.

—Por pasiva podría yo replicarle que el entusiasmo es contagioso y usted me infiltró de él como cien quilates antes de venir. Sin embargo...

—¡Nada! Usted no sabe lo que es la fuerza de los espíritus adversos en todos los trabajos. Mire: todas las veces que he venido con un novicio me ha sucedido esto.

Ya vi que el hombre era supersticioso, como lo son, realmente, todos los deportistas empedernidos, para los cuales la cábala y otros resortes semimágicos entran por mucho en el éxito de sus proposiciones.

—¿Y... amigo, no pica?—pregunté después de una hora de silencio violento y de igual fracaso de los anzuelos. Y es que también estaba ya fracasando mi paciencia.

—¡No pica, no pica!...—volvió a rugir mi veterano pescador.—Es que no van a picar mientras esté usted aquí. ¿No ha comprendido?...

Y me dejó solo, sin un saludo, sin una palabra de explicación, alejándose hacia el otro extremo del dique, con el aire del que va a obtener un triunfo completo que dejará burlado al adversario. Porque ya era yo su enemigo...

Y allí quedé yo, con la caña en *pose*, con gesto aburrido y una desesperanza atroz de hacer una sola pesca. Y más que todo, con la preocupación de haber, sin quererlo, causado el disgusto del viejo pescador, *amateur* recalcitrante y jactancioso.

—Pero, ¿cómo?—me preguntaba yo—¿los peces tienen el instinto del anzuelo? ¿Algo como la sugestión de la fiera que va a claudicar ante el domador? Esto sería un fenómeno importantísimo de constatar. ¡No picaban porque tenían la intuición del pescador recluta!... Muy

complicado resultaba para mí el asunto. Pero, por fin, pesqué algo; unos dorados y bagres, y me fui.

Mucho tiempo después encontré a mi amigo el pescador, lejos de todo aquel ambiente fluvial, que hubiera podido reanudar en él ese encono supersticioso.

—¡Hola!—le dije.—¿Y cómo le fué a usted aquella vez? Pescó mucho, seguramente...

—¡No hable de aquello, amigo! Me avergüenzo. Estuve hasta la noche y no picó uno solo. La *jetta*.

—Pero yo pesqué cuatro o cinco presas después que quedé solo.

Mi interlocutor respiró fuerte, agarróme de los hombros y con las miradas chispeantes como para fulminarme, me miró en los ojos y me gritó en la cara a boca llena y en tono desafiante.

—¡Usted miente!

A. GONZÁLEZ OCANTOS.

DIBUJO DE ZAVATTARO.





FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

rita. Maria Elena Velar Irigoyen





EL PALACIO BOSCH- ALVEAR



ESCALERA DE HONOR.



ESTE moderno y suntuoso edificio, cuyas tres monumentales fachadas cierran la perspectiva de los nuevos jardines de Palermo, ha sido construido en fecha reciente, según los planos del arquitecto Mr. Sargent, que reprodujo en su obra algunas bellas ornamentaciones del estilo Luis XVI, existentes en el *château* de Compiègne y en otros célebres palacios de Francia.

El frente que da sobre la Avenida Alvear, aun sin tener la elegante y majestuosa armonía de las otras fachadas, principalmente la del jardín, es, en cambio, la que presenta mayor número de detalles y ornamentos decorativos.

Sobre los arcos de la entrada, protegidos



UNA DE LAS GALERÍAS LATERALES.



COLUMNARIO DE LA ESCALERA DE HONOR.



PERSPECTIVA DESDE UN SALÓN.



ÁNGULO DEL TAPIZ DE FLANDES Y CHIMENEA FRANCESA DEL RENACIMIENTO.

por amplia marquesina de bronce, levántase el cuerpo central, limitado por dos torres y sostenido por esbeltas columnas de orden corintio, que sustentan las cornisas y balastradas, donde lucen cuatro característicos jarrones de piedra.

Subiendo las graderías del ancho pórtico, se entra en una especie de rotonda, cuyo techo hállase formado por altas y pequeñas bóvedas convergentes. En el muro del fondo, un arco abre la perspectiva del vestíbulo, de donde arranca la escalera de honor, que recibe la luz por un gran montante de cristales opacos, cuya claridad cenital da realce al negro pasamano de bronce, reproducción perfecta del que existe en el delicioso castillo de Blois, residencia un tiempo de la reina María Antonieta.

El conjunto de la galería alta, fascinador en su graciosa sencillez, sirve de marco al altivo y aristocrático porte de una dama francesa, cuyo busto, trabajado en mármol, lleva la siguiente poética inscripción esculpida en el plinto: *J'ai suivi vos nobles projets et nous unissons désormais la gloire d'être un grand modèle le plaisir d'être toujours belle. Robière, 1759.*

En otro de los extremos se halla el jarrón de Sevres regalado por Mr. Fallières, Presidente de Francia, a D. Ernesto Bosch, al finalizar éste su gestión diplomática como Ministro Plenipotenciario de la Argentina ante el gobierno de París.

Las puertas de la galería, iguales a las de Versalles, comunican con los salones de recibo. Estos son los siguientes.

SALÓN DE BAILE. — Tiene por entrada una especie de atrio, lugar donde se coloca la orquesta. El recinto, de amplias proporciones, está iluminado por dos grandes arañas, siendo los muros grises y dorados, con pátina de antigüedad. Los asientos de color de ópalo, armonizan con el tono de los cortinajes, y en el centro del muro, cuatro



VISTA GENERAL DE LA SALA LUIS XVI.

columnas carolíticas de orden pareado, dan un efecto severo y señorial al conjunto.

SALA LUIS XVI.—Unida al anterior. El tono de las paredes es de un color malva muy suave, sobre el cual resaltan algunos cuadros de célebres autores franceses, siendo los principales el retrato de una dama por Largilliere, que reproducimos en este número, y el de D.^a Elisa de Alvear, dueña de la suntuosa morada, firmado por Flameng. Los muebles, lujosos y elegantes, están tapizados de Aubusson. En uno de los ángulos figura el artístico celadón imperial de las cinco quimeras, con basamento de pórfido y pantallas de hilo de plata.

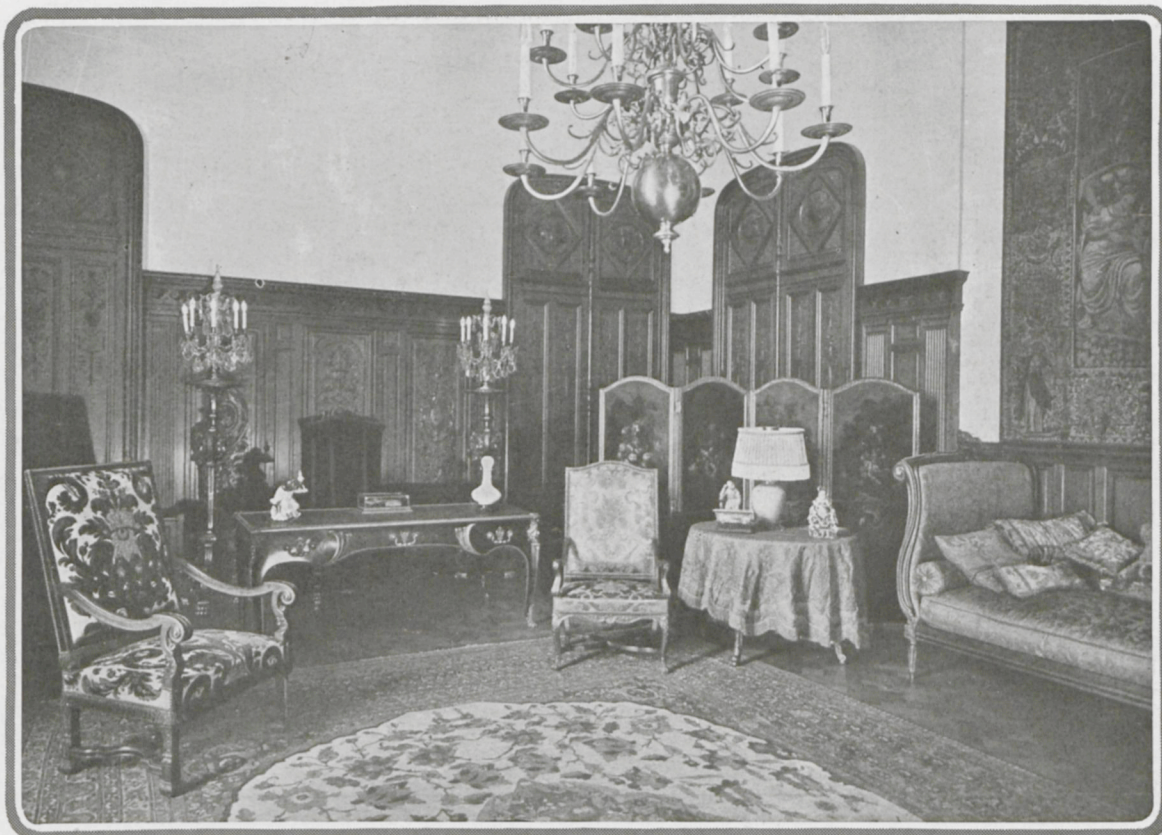
SALETA GRIS.—Aunque de pequeñas dimensiones, se hace notar por el delicioso conjunto de los muebles, agrupados con elegancia y sencillez. La alfombra que cubre el pavimento, es de raro y armonioso dibujo, y sobre ella descansan las mesitas auxiliares, las *bergères*, y los amplios sillones de conversación, revestidos con viejas tapicerías de un tono amarillo y celeste. Los muebles de Coromandel y las antiguas porcelanas chinas (Ming), con sus vivas tonalidades azules, moradas y verdes, dan un nuevo interés a la estancia.

SALA DE LA CHIMENEA RENACIMIENTO.—Sus decoraciones, son iguales a las que adornan la cámara de los caballeros en el castillo de Blois, ya mencionado. La chimenea, es tallada en piedra de París.

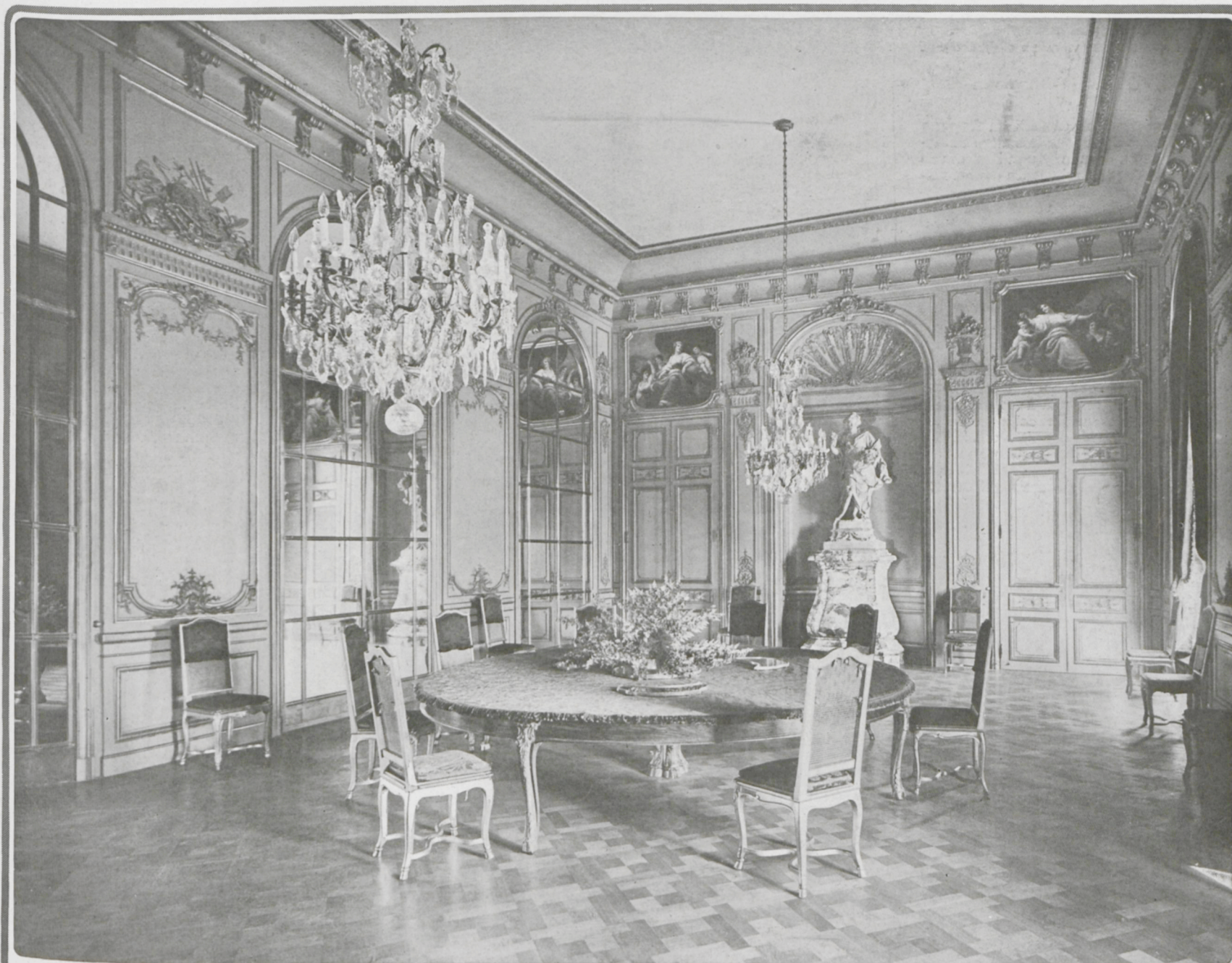
Entre los objetos de arte que alhajan el recinto, se recuerda una pequeña estatua japonesa trabajada en marfil, y un raro manuscrito del Korán con páginas miniadas en colores.

Joya de verdadero mérito es también el tapiz de Flandes que ocupa el muro de la entrada; sus figuras, llenas de flexibilidad y movimiento, tienen el sello característico de los modelos dibujados por Rubens.

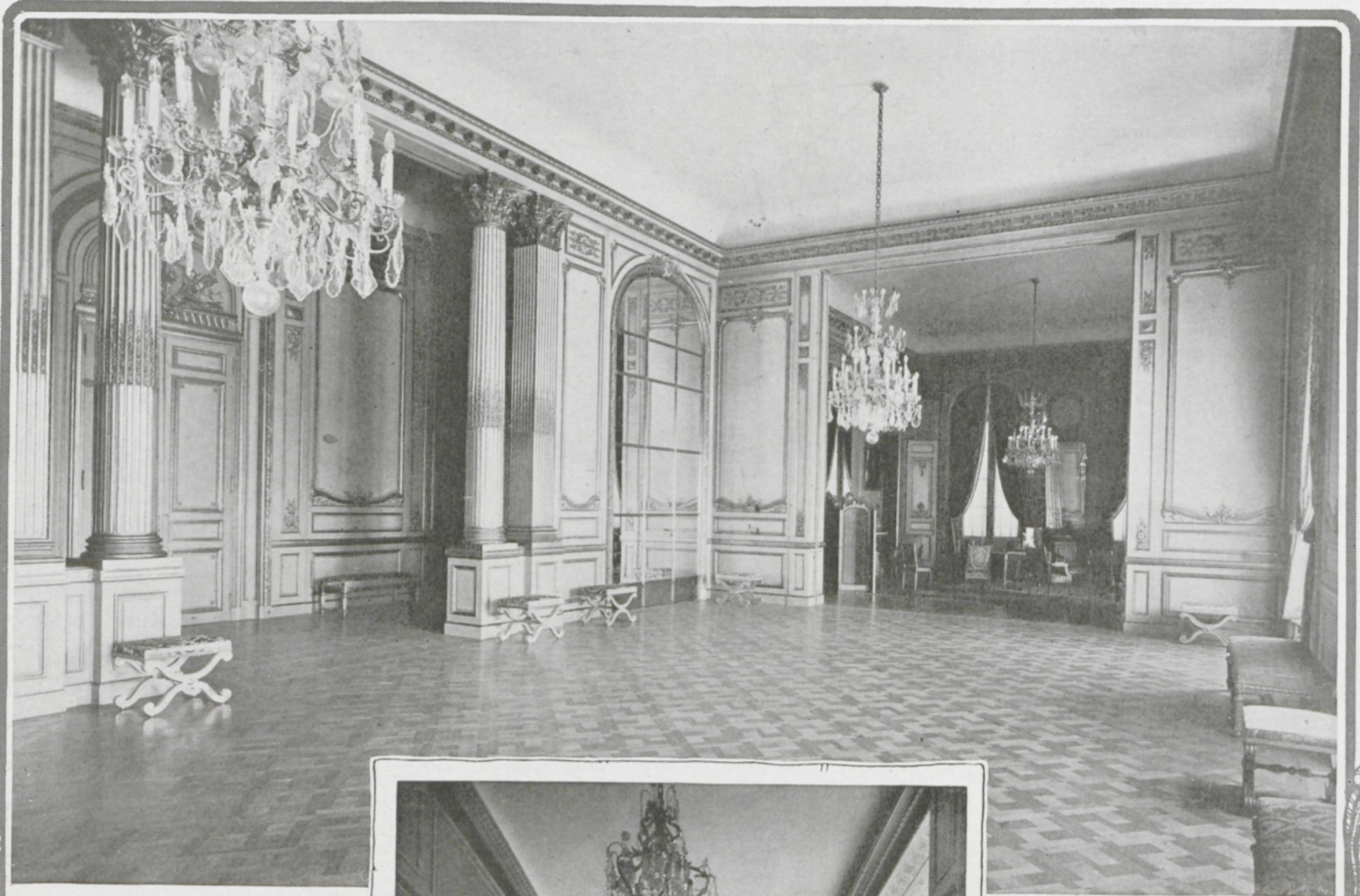
Completan el adorno varios sillones tapizados en



OTRO FRENTA DE LA MISMA SALA, CON MUEBLES ARTÍSTICAMENTE AGRUPADOS.



Suntuoso comedor de estilo Regence.



VISTA DE CONJUNTO DEL

GRAN SALÓN DE BAILE.

seda y terciopelo; la mesa de línea Regence con aplicaciones de bronce; dos altos candelabros de madera dorada, y una lámpara de gran tamaño, toda de reluciente cobre, suspendida en el centro de la techumbre.

DESPACHO. — Comunica con la sala anterior por dos puertas de roble, talladas al gusto de la época. En las paredes hay lujosas sederías rameadas que suben desde el zócalo hasta la cenefa del friso. Un precioso grupo escultórico, representando «La Vendimia», destaca junto a la mesa del escritorio, cuya elegante línea se recorta en silueta delante del balcón entreabierto. También hay un busto de Cafieri, colocado al extremo de la biblioteca y otro en bronce, del dueño de casa, hecho por el escultor Pirovano.

COMEDOR. — Ocupa una hermosa estancia con balcones al jardín del palacio. La

boiserie, exquisita y lujosa, es de paneles grises con motivos y filetes de oro. Sus principales muebles responden al estilo Regence, y tanto la mesa redonda como los asientos de rejilla dorada, hallanse revestidos de damasco rojo, igual al de los pesados cortinajes de los balcones.

Tal es, a grandes rasgos descripta, la nueva y artística morada de D. Ernesto Bosch Peña y de su esposa D.^a Elisa de Alvear, unidos por vínculos de sangre al más noble patriciado de la República, y cuyos salones, abiertos por primera vez el seis del pasado septiembre, fueron punto de cita donde se congregó todo cuanto hay de selecto y representativo en la alta sociedad porteña.

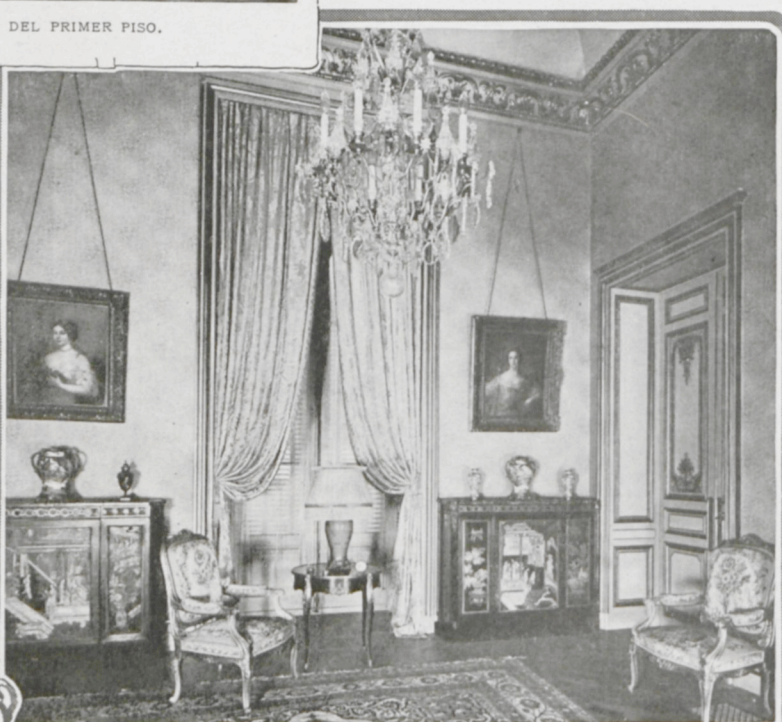
ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



VESTÍBULO CENTRAL DEL PRIMER PISO.



EL DESPACHO.



SALETA GRIS.

EL AMA ROSA

¡Ama Rosa, ama seca, dulce y sencilla ama Rosa: tú dignificas el oficio tiránico! Quisiste más a tus hijos postizos que al chocolate con bizcochos; no criabas para comer, comías para criar.

Hubo en tu robusta alma de nodriza una ardiente vocación de madre mercenaria. Por eso, nunca tu oficio fué para ti granjería ni lucro para los tuyos. Mientras casi todas las del gremio despótico reinan sobre la voluntad babosa de los papás, tú hiciste arte puro, humano, nutritivo.

Jamás ninguno de los cuatro hambrientos que te deben la vida pudo temer el veneno de tu cólera; tus fuentes de juventud no se turbaron con nerviosos caprichos, y cuatro veces corrieron generosas, puras.

Hay en ti ocho madres, cuatro infelices que lloran a sus hijos muertos y cuatro victoriosas que se regocijan por la salud de hijos semi extraños. Ninguno de estos últimos puede hacerte un reproche. Fuiste para ellos madre substituta que sacrificó su belleza por la belleza de otras.

Entre las faltas de esos caracteres pusiste tú algunas virtudes, distribuyendo tu bondad y tu sangre en cuatro trozos. Aquel, el niño de tu primera servidumbre, es ahora un hombre torvo, raro, pero caritativo y fuerte. Aquella, la predilecta, tiene orgullo y vanidad, pero es hermosa y fiel. Y los otros dos viven en medio del mal llenos de esperanza. De fe, esperanza y caridad estás tú formada, ama Rosa.

Tu historia es una odisea de esclavitud sin amor; el amante de otras mujeres fué tu esposo y tú la madre de otros hijos.

¿Quiénes llevan razón, las nodrizas que venden y regatean, o tú, que diste cariño, abdicando de toda prerrogativa? Todos dirán que ama Rosa; pero muy pocos pondrán fe y amor en los servicios que les paguen. Todos te darán la razón, mas ninguno ha sabido concederte el premio merecido.

Al fin de tu jornada, cuando fuiste inservible para comunicar tu vida, sigues, ama Rosa, junto a los niños, adornada con las antiguas galas de nodriza, sirviendo de mofa a las niñas jóvenes y de juguete al chilquín mimado.

BERNARDO SIERRA.



Estilos envidiosos. Un camote grafológico



El júbilo expansivo de Godofredo rompió a opinar que el hermoso espectáculo del mundo era cosa bien digna de alquilar balcones, y un de repente se asomó al mirador de sus ojos, embriagados de luz y de ventura.

El dinamo generador de tanta y tan intensa energía jubilosa, era toda una pavana, como suelen serlo siempre los móviles productores de las grandes vibraciones emotivas; Godofredo se sentía dichoso porque recién estrenaba una pasión, enamorándose como un otario, a la edad en que otros zonzos, menos zonzos, han hecho ya colecciones de interesantes autógrafos, con multitud de cartas de mujeres, en las que resplandecen más mentiras que descalzatos a la indefensa ortografía que es la que paga el gasto en los escasos amatorio-epistolares, en aquellas muchachas más apasionadas del macaneo corrido, que del hombre en quien fingen cifrar todo el tesoro de su bienestar anímico; pibote alrededor del cual gira el capital de ilusiones que suelen poner en ejercicio los corazones más sofocados por el fuego tostador de las pasiones de pura uva; vale decir, sin falsificaciones que rebajen el contingente de sus quilates caloríficos siempre asaz exorbitantes cuando la criatura humana empieza a no saber darse la vuelta ni a qué mano queda el *lao de los palos*. . . ni cuando los recibe a causa de la afección que le trastorna el mate, como cuando éste se chinga por escasa baquia de quien se mete a cebarlo.

Aquel muchacho grande, completamente impermeable a las más insinuantes sollicitaciones del *sport* amoroso, comenzaba a entrenarse en ese peligroso ejercicio, cuando empezaba a meterse bien hondo en las profundidades de la vida, con el fardo algo molesto de treinta y tres añitos a la espalda. Motivo por el cual estaba un tanto garifo de su pimpante cuanto novedosa adquisición, cuyo programa no había figurado jamás en sus libros, toda la vida en blanco por lo que se relacionaba con el eterno verbo cuya conjugación viene ella sola, cuando el hombre cae en la cuenta de que la vida individual es incompleta si el egoísmo ingénito del *homo sapiens* de Linneo no abre cancha libre a las necesidades de la especie, como esos pibes golosos, que no bien prueban el dulce aprenden a pedir más.

De ahí que el neófito Godofredo estuviese más orgulloso que compadrito con chambergos nuevos y requintados, cuando en la intimidad de su conciencia paladeaba, con cierto sibirismo, la situación gozosa que le había creado su conquista, digna de ser cantada en un poema con láminas de colores que ilustraran bien el texto, de suyo bien ilustrado

por los dos protagonistas de la naciente pasión, regocijo de dos almas.

Fuese por lentitud morbosa en el proceso vacilante de su sombría adolescencia, o por especial orientación anímica, ello es que Godofredo, jamás se había declarado *touché* por los certeros botonazos del dios trompeta que ciego, niño y todo, se va a fondo no más sobre los corazones juveniles, hiriéndolos de ilusión y de deseo, con lesiones que forman su delicia. . . pues casi nunca saben por dónde andan.

A su notoria indiferencia por los encantos que brinda ese estado de sitio del yo sensible, tan placentero a las imaginaciones impresionables, contribuía en grado superlativo la educación científica de mi amigo, eminentemente abstraído en áridas lecturas que, cual cierto de otoño, deshojaban la desvaída y macilenta flora de su pobre fantasía.

El escepticismo de algunos autores viejos, que andan medio bichocos para el amor y por eso se pasan el resto de sus días levantando calumnias mitristas a ese sentimiento que es norte, guía y encanto de la existencia dorada, habían trastornado la oficina del cerebro al pobre Godofredo, cuya «pasta divina» empezaba a ser una especie de bola sin manija.

Para mi buen amigo el amor era «un lazo que la especie tiende al individuo», o «el trámite preliminar de una función fisiológica», o simplemente «la atracción de dos mucosas». . . porque así lo habían dispuesto, unos con otros, varios antropólogos chiflados, cuando ya el cuerpo del espíritu no les daba para mayores expansiones románticas.

Es lo que sucede, en fija, cuando el hombre, ya flojo de suyo, atropella duro y parejo con lecturas ardientes y sistemáticas; por agalludo y equilibrado que sea, siente que el juicio se le va de farra, y pierde sus cabales como cualquier Don Quijote.

Por fortuna para Godofredo, que era un loco lindo no más, la naturaleza recobró sus derechos, aunque un poco tarde; y aquel muchacho que ya en la Facultad gozaba reputación de misógino, cuando recién frisaba en la llamada edad de Cristo sintió que «los invisibles átomos del aire, en derredor palpitaban y se inflamaban; que el cielo se desahacía en rayos de oro y la tierra se estremecía alborozada», como dijo aquel bardo dolorido y sensible, que ha munido de imágenes poéticas a tres generaciones enamoradas.

Total, que Godofredo se había encamotado como un burro, aunque nos esté mal el decirlo con semejante modo de decir. Por eso la alegría se asomaba al alféizar de sus pupilas, borrachas de dicha, cuando nos hablaba de «ella» con el acento caldeado por el celo amoroso, y con los labios dulzones pringados por el almíbar del nombre de su adorada.

Había hecho conocimiento con ella. . . o mejor dicho, había perdido el conocimiento por ella, en un «pic-nic» celebrado en la isla Maciel, un día que dos colectividades farritas habían ido allí por itinerarios y motivos diferentes a depositar mancomunada y solidariamente su ventura adventicia, en el seno de una naturaleza rodeada de agua por todas partes, pero con mucho vino en medio y con el aire henchido por los rítmicos acordes de una alegre musiquilla, engendradora toda ella a base de manubrio corrido.

Véanse los comienzos del acta relativa al suceso de la referencia. «En la nada barataria insula (diganlo las moftetudas «adiciones» que allí se pagan) a tantos de tantos de mil novecientos tantos y sin ningún amarreo; reunidos de una parte el personal técnico del taller de planchado que regentea doña Robustiana, y de la otra los señores socios que componen la interesante agrupación denominada «Solteros endurecidos»; canjeados los respectivos poderes y habiéndolos hallado en debida forma, se armó un bailongo monumental, transcurriendo la simpática fiesta en un ambiente de tierra imposible, que levantaban las parejas con su acompasado trillar aquel suelo tan coreográficamente zarandeado».

De este inopinado modo, las dos patotas de excursionistas, mixturaron durante buen golpe de tiempo sus correspondientes y sinálgmáticas algazaras, y Godofredo tuvo entre

manos el talle de Olinda (joven napolitana de diez y ocho años) en tren de porfiada temporadita, que resultó cosa bárbara, vistos y considerando que de menos nos hizo Dios. Vale decir que estuvieron como trezta de ocho, casi un espacio de otras tantas horas, lo cual constituye un «record» de resistencia danzante.

Tres días después de aquella formidable efemérides coreográfica, Godofredo colmaba de apasionados besos la afectuosa misiva en que su amada, la linda gringuita, le acordaba su corazón «libre de gastos», como los monarcas europeos conceden a los súbditos foráneos sus flamantes encomiendas y condecoraciones, sin goce de haber alguno, pero con el corte bárbaro de hacerse ver en actos oficiales.

Y Godofredo, con el alma vibrante asomada a sus pupilas, mientras con trémula mano mostraba la encantadora pieza postal, iba explicándonos las características de su amada, gracias a los modernos descubrimientos de ese empleado de investigaciones psicológicas, que se llama «sistema grafológico», en cuyos secretos era nuestro enamorado amigo un pierna de primer orden, gracias a sus extrañas lecturas, que le pasaban raspando a la jerarquía de estudios coordinados.

—¿Veis estos renglones de rectitud inflexible? —nos decía. —Pues son reveladores de un carácter íntegro y firme, que por nada se tuerce, ni aunque quieran doblarlo a martillo. ¿Se fijan en el «volumen» de las letras? Denota ponderación proporcionada de las energías económicas; no es pródiga ni angurriente. ¿No notan ese firulete con que inicia las letras mayúsculas? Significa tendencias aristocráticas y condición noble. ¿Advierten lo bien cruzadas que están las t por sus respectivas tildes? Pues ese detalle indica un gran dominio de la voluntad bien disciplinada, que ni es perezosa ni irreflexivamente precipitada. ¿No les llama la atención lo correcto de los rasgos finales con que redondea cada palabra? Eso quiere decir que sabe terminar la obra empezada y que por nada del mundo abandonará una empresa, una vez acometida.

Y así por el estilo, aquel jagüel de ciencia grafológica. . . tomada, como quien dice, al pie mismo de la vaca, seguía desarrollando ante nuestra ingenua cuanto atónita ignorancia, el complicado cinematógrafo de la psicología de su amada, como si con exactitud maravillosamente matemática aplicase a su tierno corazón los rayos equis de la certera y novedosa investigación gráfica, pasmo y orgullo de esta edad nuestra, en la que el infalible método inductivo se apunta cada triunfo que mete miedo en los caracteres inclinados a la sencillez y fácil admiración, siempre dócil al asombro que suscitan estas diabluras científicas, de condición y aspecto ultra-violetas. . . cuyos aciertos están por averiguarse. En la pasmosa psicología de la interesante gringuita, ya traducida al idioma nacional, después de catorce años de permanencia entre nosotros todo era honestidad, candor, firmeza, talento y otros dones espirituales, acreditados en la balanza de precisión de un método tan seguro y cierto.

Con razón nos quedamos como azonzados cinco meses después, ante el incomprensible campanazo de que Olinda y Godofredo habían quebrado los platos, en contrapunto de inactivas y palabras gruesas, aunque no francamente malsonantes. . . que tampoco sonaban a música de armónica serenata.

Lo más rico del caso fué que la desinteligencia de los ex enamorados se había producido, según versión oficial, nada menos que por manifestación irreductible incompatibilidad de caracteres. Era la reproducción, un tanto cómica, del caso del irlandés, que cuarenta y cinco años después de frecuentar noche y día la «Pale Ale». . . se había convencido de que no le gustaba. ¿Cómo explicarse el hecho inexplicable de la absurda ruptura de las hostilidades, entre dos caracteres morales hermo-

seados por tan eximias prendas? ¿Cómo admitir «prima facie» la repentina desorbitación entre dos temperamentos, que parecían tan adecuados para complementarse en una conjunción íntima e indestructible?

Yo me animé a averiguarle a mi amigo, acerca de semejante rompimiento, capaz de sumir en la más cavilosa de las dudas, aun al espíritu más refractario al *sport* de las conjeturas, cuanto más racionales más opacas:

—Pero, ¿no nos decías que era un dechado de discreción y otras virtudes?

—Eso dije, —contestaba abatido; —pero me pisé de una manera bárbara. Mi ex novia es hipócrita, voluntariosa, consentida, ordinaria, desleal y grosera; en fin, un reverendo clavo por cualquiera costado que se la mire. La plancha que he hecho me habría valido una buena contrata de pruebista en el Casino.

—¿Y no sostenías que la grafología era una ciencia punto menos que infalible y que cuando tira al blanco hace puros centros?

—Eso sostuve, y ahora no más me confirmo en mi anterior declaración.

—Y, Antonio. . . ¿qué lío es ese?

—No hay lío que valga: lo que hay es que yo me porté como un mulita, por precipitar un juicio que me resultó parejero digno de correr un clásico. Sigo creyendo, aunque siempre con fe tuerda de un ojo, en todo lo que se relaciona con la grafología y sus anexos; pero en verdad os digo que hay que proceder con mucho tino y aplomo, en materia de tan interesantes investigaciones. Y sobre todo; que cuando uno está enamorado, no se debe meter a discurrir, porque la ha de errar feo. . .

—Pero, explícate de una vez por todas. . .

—A eso voy: las interpretaciones grafológicas que os hice, eran de una exactitud que para sí las quisiera el horario de los trenes. Lo que sucede es que partí de una base falsa, por no haber comprobado debidamente la procedencia y autenticidad del documento de autos. Lo que pasó es que la carta no estaba escrita por mi novia. Era de puño y letra de una vecina, muy buena persona, que sirvió de amanuense, para dármele con queso.

—¿Y por qué causa no te la escribió la misma Olinda?

—Porque a la maldita gringa la sucede lo que a los calamares con su propia tinta; que les sirve para cualquier cosa menos para escribir.

—¿De suerte que Olinda es analfabeta?

—De nacimiento, m'hijo; de nacimiento.

SEVERIANO LORENTE.

DIBUJOS DE CENTURIÓN.



NAVIDAD Y AÑO NUEVO



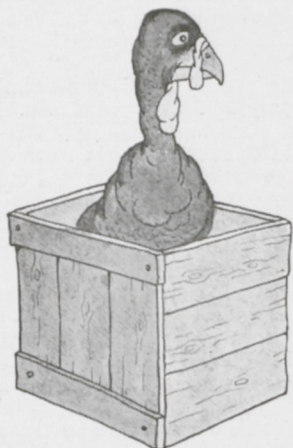
Día de compras.



Felicita a Vd. el cartero...



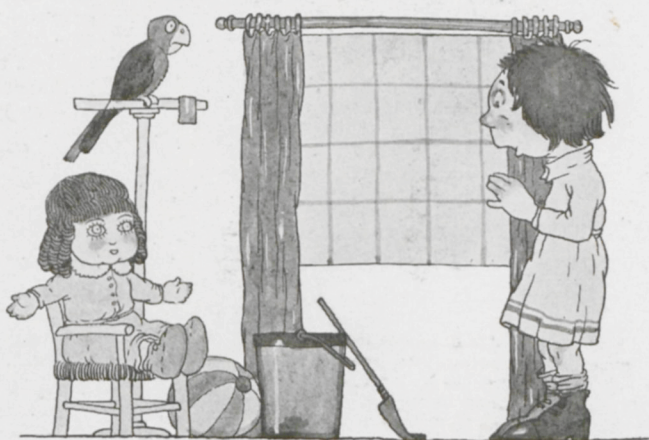
y el peluquero.



La eterna víctima.



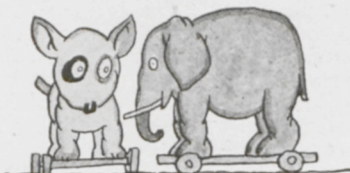
El millón... de desengaños.



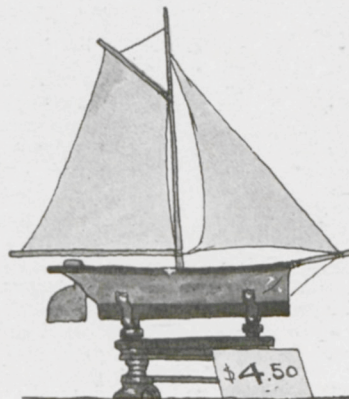
Frente a frente.



¡Soy feliz!



Somos el centro de todo.



¡Imposible!



El pan dulce...
¿El mismo del año pasado?



Excitación nerviosa, indigestión y 38° de fiebre.

Sinceridades de un Zonzo



Por una modestia mal entendida no debo dejar de declarar que yo parezco zonzo, y, además de parecerlo, lo soy. Así, pues, si alguien encuentra en esta confesión signos de petulancia o vanidad mal disimulada por el solo afán de darme corte, le ruego que deseché el mal pensamiento, pues sería lamentable me tomaran por un vulgar simulador.

Digo que soy zonzo como podría decir que soy dactilógrafo o lustrador de pisos o crítico de arte, pero sin asomos de orgullo, con la mayor naturalidad del mundo. Parodiando a Dumas, puedo agregar que he nacido zonzo, como hubiera podido nacer rubio.

Soy, pues, un verdadero idóneo en zonceras, sin diplomar, eso sí, pero con muchos años de práctica, que acreditan sobradamente mi incapacidad, y pocos, muy pocos podrán presentar una foja de macanas como la mía.

Un detalle empezó a revelarme esta cualidad. De pequeño nadie pudo convencerme que la Anagnosia era un librito para enseñar a leer, sino un medicamento, y todavía cuando estoy mal del estómago suelo pedir en las boticas diez centavos de Anagnosia efervescente. Confundía miserablemente «El ejecutivo colegiado» con «El Imperativo categórico», y por eso llegué a creer que Kant era de Montevideo; al negociante del ganado equino le llamaba equinoccio, y a los checo-eslovacos, agro-pecuarios. El «Tipperary» lo solía cantar así: «Largo, largo es el camino a Temperley...» y no sé cuantas tonterías más.

Me eliminaron de los colegios a fuerza de ceros, que prodigaban los profesores a manos llenas, enfriando así mis primeros entusiasmos, que por esto mismo quedaron bajo cero. Es decir, que hubiera tenido que aprender algo y elevarme para no saber nada. A partir de ahí, decidí seguir mi destino y ayudar a los vivos viviendo de mi trabajo.

Un frenópata que conoció mis desaciertos quiso razonarlos, y para orientarse decidió estudiar mi cráneo. Empezó por tomar la forma de él con una de esas máquinas que hay en todas las sombrererías, con muchas varillitas, una tapadera y un peso tal que obliga a tocar las orejas con los hombros, como si el mundo nos importara un pito. Apretó la tapadera, me libró del aparato y extrayendo de él un papel lleno de agujeritos, me dijo enojado, como si yo tuviera la culpa: «¡No te da vergüenza tener esa cabeza!», y me mostró el dibujo de los agujeritos, que parecía una guitarra sin mango. A mí no me dio vergüenza ninguna porque no pienso ganarme la vida de belleza del cine como la Perla White o Jorge Walsh, pero no dije nada. Me palpó todo el cráneo a su gusto, sobando el frontal, los parietales, los temporales, y empujando fuertemente con el índice el occipucio, como si hubiera de sonar un timbre, resumió su diagnóstico en esta frase: «Vos sos tonto de remate.»

Por mucho que me halague, esta es una verdad a medias, pues lo del remate no es cierto. ¡Que pregunten a todos los martilleros de Buenos Aires y a que ninguno de ellos me conoce! Una vez, es verdad que mis amigos quisieron rematarme, llegando a publicar este aviso:

«Zonzo chiche, garantido, del más puro estilo Luis XV, enchapado en piel dura, luna biselada, cabeza macadamizada. Alfalfado. Verdadera pichincha. — Comisión 2 %. Sin base.»

Su lectura me hizo pensar varios días, y al fin, sospechando que querían tomarme para la farra, me opuse. Mis amigos no insistieron.

Mis obligaciones se reducen a bien poca cosa. Todos los días me peso en las básculas gratis de las boticas; tomo datos de las fijax en las carreras los jueves y domingos, y sigo al detalle la vida y milagros de Botafogo, por quien siento una admiración sin límites. Creo algo en las predicciones de las adivinas, en la riqueza petrolífera de Comodoro Rivadavia, en la confraternidad de las naciones por la influencia de las sociedades literarias, y tengo fe ciega en la campaña contra el analfabetismo, seguro de que el día en que todo el mundo sepa leer y escribir vamos a vivir en la misma gloria; ya lo verán.

Por las noches, al acostarme, leo y repaso mis obras favoritas: *Iván el imbécil*, *El bobo de Coria*, y *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno* — que ya me sé de memoria — y de ellas saco las normas de mi vida, que suelo aplicar según mi escaso saber y entender. Tengo el talento de los tontos: la memoria; y a ella debo que alguna vez se hayan engañado más de cuatro creyéndome con talento.

Y a esta incomprensión con que he sido favorecido, puede que deba la dulzura de mis actos y la tolerancia en juzgar los actos de los demás. Todo está bien para mí, o, por lo menos, soportable; y en esta plácida transigencia, desprovista de protestas mentales y reales, exenta de arrebatos

que desconozco, se desliza mi vida en la firme convicción de que el ser zonzo del todo no ha de conducirme nunca a la desesperación ni al suicidio. No sé si tendrá razón el que dijo que los zonzos son buenos porque no saben ser malos; pero lo importante es no ser malo, y esto ya es algo bueno.

En cambio, viendo como luchan y se afanan los verdaderos inteligentes, los consagrados, los garantidos, los contraloreados; contemplando el esfuerzo persistente y altruista de los que se sacrifican por difundir la cultura buscando el bien de la humanidad, y un *petit-hotel* en la Avenida Alvear, para la familia, entonces sí, entonces lamentado de veras que mi incapacidad no me permita sumarme a esa hermosa obra, cuya realización tantas amarguras engendra.

Vengo a ser pues, en cierto modo, la negación del que cree en sí mismo; y como no acierto a encontrar la objetividad de mi vida, me dejo llevar por los acontecimientos, que me empujan a su antojo sin que mi abulia ingénita pueda oponerse, obligándome a marchar como bola sin manija.

Todos los demás ordenan sus actos y cumplen sus funciones con método, al reloj, que se encarga de regularizarlos. Yo, que no tengo reloj, observo un sistema más imperfecto, más primitivo, de instinto si se quiere. Me levanto cuando no tengo sueño, como cuando tengo apetito, dejo de trabajar cuando me canso y leo hasta que me aburro. Aquellos exaltan y predicán el trabajo máximo, hasta desdifiñarse; leen cuanto libro pueden, comen a la hora que el reloj les ordena, sacrificando en todo el libre albedrío para llegar ¡claro es! a dominar pronto las cosas, el tiempo y el espacio.

Mi deficiente mentalidad sólo me permite admirar tan graves y solemnes propósitos.

¿Quién sabe si por esto mismo nos hablaría Eça de Queiroz, de la decadencia de la risa? Pero los de ahora, que ya están de vuelta, notan que la risa desaparece ahogada por complejos problemas, y que, en esto, vamos otra vez al punto de partida, al gruñido inicial. Y debe ser así, porque los únicos que nos reímos somos los zonzos.

Estimulado por tanto sacrificio, quise, en vano, refinar mi espíritu y cooperar en la obra común. Esfuerzo estéril para los que, como yo, no tienen en el cerebro ni fósforo. Por eso, en apreciaciones artísticas debo andar como la mona, pues pienso que los autores de muchas obras consagradas son casi tan zonzos como yo, o vivos que viven de los zonzos. ¿Quién que no tenga las facultades intelectuales hechas una miseria, sería capaz de decir que le revienta el Greco? ¡Vamos a ver! Si no tuviera la certidumbre de que mis censuras dan tanto esplendor como perjudican mis elogios, me guardaría muy mucho de exponerlas así.

Cuando padezco de insomnio voy a ver una obra de Benavente y me entra un sueño que es una bendición. Si me ataca el hipo corro a contemplar un cuadro de Anglada Camarasa y se me quita en seguida. Las obras cómicas que más me hacen reír son las de Vargas Vila y Marinetti; en cambio, siento verdadero pánico cuando me anuncian una obra de costumbres nacionales con chinitas y bandoleón.

A la literatura de Rabindranath Tagore le encuentro algo del dulce de leche; y si le concedieron el premio Nobel fué por un alarde de conocimientos geográficos y la extravagancia del nombre. Si llega a llamarse Nemesio Ponce y nace en Chivilcoy, no le dan ni medio.

En política, pienso que el mejor gobierno es el que no hace nada y deja que las cosas sigan su curso. Fijense y verán que en cuanto toman una determinación la embarran.

Y si ahora me permito entrar en estas especulaciones del puro macaneo, lanzando osadías irreverentes, lo haga confiado en la piadosa tolerancia de los demás... y por que algunos, en secreto, me han confesado que están de acuerdo conmigo.

Muchas más herejías podría decir, pero, zonzo y todo, no me atrevo; van a olvidarse de mi insuficiencia comprensiva y me van a pegar.

¡Y vean lo que son las cosas! no estoy descontento de ser como soy. Me propusieron varios procedimientos para normalizarme y no quise probarlos. Me recomendaron inyecciones de suero de pavo y las rechacé por falta de fe en el «similia similibus». Muchos tienen necesidad de hacerse el zonzo; yo no, puesto que lo soy. Estoy tranquilo por la certeza de que no se ha dado ni un solo caso de que un zonzo se vuelva loco. Y últimamente, siento gran consuelo porque no soy solo en este mundo. Salomón ya lo dijo:

«Stultorum infinitus est numerus.»



GENTE DE MAR
ÓLEO DE BENEDITO.

PROPIEDAD DE DON JOSÉ BLANCO CASARIEGO.



PINTORES ESPAÑOLES



Los hermanos Zubiaurre.



El arte de la pintura tiene actualmente en España un notable renacimiento, y no hay duda que, a la hora actual, los pintores españoles se destacan notablemente. Por lo menos, a Ignacio Zuloaga nadie intenta hoy regatearle el primer lugar, como pintor vigoroso, sugestivo, intenso, complicado y profundo; y el desbordante colorismo de Anglada tampoco es posible superarlo por el momento. La vida de los estudios madrileños ofrece al espectador inteligente una amable serie de sorpresas. No tengo reparo en asegurar que en Madrid late un alto fervor artístico, y que los jóvenes sudamericanos que arrostran el aprendizaje de la pintura es aquí donde podrían completar su enseñanza con tanto éxito como en otras ciudades europeas, y además con una mayor simpatía. El Museo del Prado es una fuente inagotable de bellezas y de modelos. El paisaje español, los pueblos y los tipos españoles, están brindándose a los pinceles con toda su riqueza de luz, color y originalidad.

Tal vez me será dado ofrecer a los lectores de PLUS ULTRA mis impresiones personales logradas en la visita de los estudios madrileños: Anselmo Miguel Nieto, lleno de energía y de elegancia, maestro en retratos de damas aristocráticas; Néstor, el brillante colorista canario, ingenuo y sensual como un sueño del trópico. Empezaré por el estudio de los hermanos Zubiaurre, esos pintores jóvenes, extraños, angustiosos, que han penetrado en las honduras del carácter vasco a la manera de dos buzos audaces y visionarios.

No se trata en esta ocasión de un nido de bohemios. El estudio de los Zubiaurre está situado en un barrio moderno y burgués, en una habitación decorosa a la que se asciende por conducto de un novísimo ascensor. Nada tampoco de pipas, mecenares y convencionales trajes de terciopelo raído; los hermanos Zubiaurre son dos muchachos esbeltos, finos, que visten a la última moda, que no usan melena ni fuman en pipa.

Es la hora del té. Van llegando los amigos, las señoras, los artistas. La hermana de los pintores es una señorita interesante, de una urbanidad exquisita y de una cultura universal y graciosa; ella recibe a los visitantes y les va ofreciendo una taza de té, un pastelillo, una sonrisa, mientras los dos hermanos pintores pasan, se agitan, remueven los cuadros, sin descansar un instante. Y los grandes cuadros sugestivos se ofrecen a nuestra contemplación, desarrollando ante nuestros ojos esos paisajes y esas gentes del país vasco que nadie, antes de los Zubiaurre, había sabido expresar con un encanto tan raro, tan extraño y complicado.

Nos hemos reunido en el estudio quince o veinte

«LOS REMEROS
VENCEDORES DE
ONDARROA».

«EL AMO DE LA
CASA», POR RAMÓN
DE ZUBIAURRE.
(MUSEO DE AMS-
TERDÁN.)

personas las cuales, por su diversidad, parecen un tratado de Geografía. Hay un joven compositor prusiano que había representado operetas en Berlín antes de la guerra, y que hoy, bloqueado dentro de Madrid, permanece en la ociosidad (verdadero martirio transcendental para un hijo de la Prusia). Hay una señorita inglesa, pintora de cuadros ruskinianos. Hay una señora francesa. Hay otra señora checa... De modo que estos componentes internacionales, unidos a los que somos españoles, forman un conjunto pintoresco y heteróclito. Las naciones beligerantes están representadas en el estudio copiosamente; pero nadie habla de la guerra, en virtud de una fina discreción, y así el recinto estético adquiere la apariencia de una isla de paz y fraternidad, donde las almas se desprenden de las vidriosas cortezas patrióticas y sólo palpita la noble, la eterna pasión del Arte.

Los hermanos Zubiaurre son jóvenes, nerviosos, finos, corteses. Su padre se había distinguido como inspirado músico. La fibra artística del viejo prócer vizcaíno se transmitió a los hijos a través de la línea y el color. Los hermanos Zubiaurre son sordos de nacimiento; además de sordos, son mudos...

Pero este defecto orgánico no parece preocuparles mucho; están familiarizados con su sordera, y han concluido por amarla. Hasta tal punto, que hallándose una vez en Viena, a donde fueran con el propósito de sufrir una operación quirúrgica en el gabinete de un famoso médico, los dos muchachos le dijeron a su madre: «¿Para qué necesitaríamos poseer el don del oído?... Mamá, no queremos oír; estamos contentos de nuestras voces interiores; el mundo debe de estar lleno de ruidos agrios... Volvamos; no queremos oír, mamá».

La palabra es, probablemente, un órgano inferior que usan por necesidad los seres rudimentarios. Yo hice por el centro de Europa, antes y durante la guerra, diversos viajes caprichosos, sin conocer más idiomas que el español y el francés; me hice entender por señas y por monosílabos, y transité con relativa facilidad a través de estaciones, hoteles, museos, calles y toda suerte de vericuetos. Así también ahora, sin conocer el alfabeto digital, yo me entiendo muy bien con estos inteligentísimos sordo-mudos, cuya mirada tiene una sutilidad penetrante, y cuyos ademanes nerviosos y justos lo expresan todo, rápida y completamente.

Uno de los hermanos pronuncia un nombre: «¡Greco!» Al decir la palabra Greco hace un ademán amplio y entusiasta que expresa una fervorosa admiración. Después añade otro nombre: «¡Tintoreto!» e inmediatamente escribe con lápiz en un papel: «Tintoreto es rico en color».



«TORTOLA
VALENCIA»
POR VALENTÍN DE
ZUBIAURRE.

Surge otro nombre de sus labios: «Velázquez!» Y agrega con la mano un signo que quiere decir: «Velázquez tenía ojos, pero carecía de corazón». En seguida toma un libro de sobre la mesa; es un volumen que contiene los principales retratos de Goya. Y pronuncia: «¡Greco, Goya!» Pone la mano en el pecho, luego en la frente, y con esto lo ha dicho todo. Greco y Goya son los artistas de la emoción, de la idea, de la complejidad y de las perplejidades espirituales.

Busca en un cajón y me enseña una fotografía. Es una reproducción de un cuadro admirable que representa costumbres castellanas. Al dorso de la fotografía hay unos renglones explicativos. «Pícaros y mendigos. Gallerie Art Modern, Roma. Ramón Zubiaurre.» El título del cuadro tiene para mí una amable sugerición; me recuerda un capítulo de mi obra «Vieja España...» Entonces don Ramón Zubiaurre escribe rápidamente en un papel: «Este cuadro me fué inspirado por un trabajo de usted, que se titulaba *Pícaros y Mendigos*. Le debo a usted el éxito de mi lienzo.»

Ahora bien, ¿qué influencia ha tenido en los hermanos Zubiaurre su sordera nativa? En todo artista existe una degeneración, no de un modo delictuoso, como querían Lombroso y Max Nordau, sino como un resultado lógico de la genialidad. El individuo que pasa por el mundo sin entender ni escuchar los rumores, los ayes y las estridencias de la vida, necesita interpretar los fenómenos del mundo sordo con un sentido único diferente, desde luego original.

Así, los cuadros de los hermanos Zubiaurre tienen siempre un alfilerero y distinto, y también un cierto sabor visionario. Para que sea más original, en el arte de los Zubiaurre se confabulan y aglomeran diferentes matices o moda-



grandes jarras de primitiva factura, llenas de vino espeso y ardiente; pequeñas casitas extrañas, que semejan personas; romerías aldeanas, con gentes sencillas que bailan al son del tamboril; y a lo lejos, de pronto, surge el dato profundamente espiritual, en esas nubes anaranjadas que posan la bella redondez de sus contornos ideales sobre lejanas colinas, llenas de un suave, místico claror de sol... Yo quisiera hablar más tiempo de estos pintores admirables, dedicarles más espacio que el que permiten las páginas de una revista moderna. Desearía elogiar el lujo de colorido que hay en sus cuadros, la emoción de ese colorido, la valentía y fuerza de un color vibrante, abundante, y a la vez delicado. El espacio falta y necesito terminar esta rápida impresión de dos artistas cuyos cuadros, vistos en aquel amable estudio y entre una concurrencia tan inteligente, me han otorgado un inolvidable placer estético.



«PÍCAROS Y MENDIGOS»
POR RAMÓN
DE ZUBIAURRE. (GALERIE
ART MODERN, ROMA).



DE LA COLECCIÓN DE DON JOSÉ M. MÉNDEZ.

UN DESCUIDO DEL FÍGARO

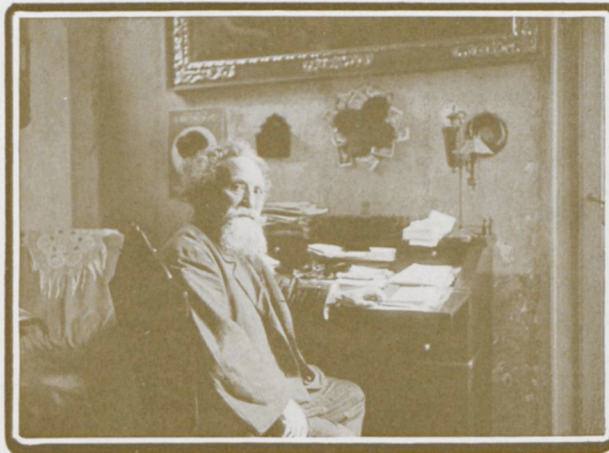
ÓLEO DE CASANOVA Y ESTORACH.



SALVATORE

Pertenecía este ilustre novelista a la gran familia literaria que heredó honestamente los caudales de Carlos Dickens. Por eso fué buen literato y literato bueno; por eso supo pintar la vida de los humildes, de los inocentes, de los perseguidos; por eso su pluma cobraba inesperado vigor satírico al retratar a los malos, a los maliciosos y a los maldicientes.

Doctor en leyes por la Universidad de Tu-



FARINA

rín, hijo de un jurisconsulto, abandonó el foro para dedicarse a la literatura, cátedra de arte, donde a veces los hombres sirven mejor a la justicia y a la moral que en los estrados.

Este cuento inédito, que narra una historia sencilla y suave de amores, es una de las últimas producciones del buen Farina, que trabajó hasta en los postreros días de su larga, romántica y provechosa existencia.

E L A J U A R D E R I T A

Durante mucho tiempo, con sus manecitas de hada doméstica, Rita trabajó infatigablemente en los ajuares de sus amigas. La última vez fué para la boda de Gracia María, una soberbia rubita, de rostro rosáceo y blanco como una manzana madura, coronada con un nimbo de cabellos de oro.

Seis meses antes, con sus propias manos, Rita había hecho para Malvina Saso un vestido de teatro con una estofa transparente capaz de ponerle la carne de gallina a la pobrecita, si la sala no hubiera estado bien provista de caloríferos. A Marta Gordella, que poco antes de Malvina logró casarse por fin—de ello tenía gran necesidad, pues estaba pasando a regañadientes el puente de la resignación,—Rita le regaló un almohadón, adornado con adornideras en relieve, luciendo en medio la leyenda «dulces sueños», como la misma novia había pedido.

Esta amiga y muchas otras, ¿le aseguraron que eran felices después del casorio? No todas. Marta, la de las adornideras, había llegado tarde al matrimonio, y como llevó a su Corraduccio un poquito menos de la dote esperada, desde los primeros días de la luna de miel tuvo los ojos enrojecidos. Y parecióle a Rita que los «dulces sueños» augurados entre tantas adornideras no proporcionaron a su antigua compañera otra cosa que lágrimas e insomnios terribles.

Después de la luna de miel, todas estas amigas escapadas por fin de la soltería, se desligaron mucho de Rita, que permaneció en la casa paterna dedicada a bordar otras rosas y otras adornideras para otros casorios, donde germinaría la indiferencia.

La llamada «casa paterna» de Rita no era, sin embargo, la casa del padre y de la madre, los cuales, ¡pobres!, en un oscuro día—que ahora parecían lejano a la huérfana—se habían marchado a otra parte. ¿A dónde fueron? Rita no lo sabía bien. El Paraíso está próximo o lejano, según los días sean buenos o malos; por eso, Rita cuando el sol parecía penetrarle hasta el corazón, después de tararear una cancioncilla que la madre le enseñara, preguntaba en voz baja: «¿Estás contenta?». Si; mamá estaba contenta, y Rita reanudaba el alegre canto.

Otras veces, que el sol no resplandecía, Rita sentíase sola, abandonada en el mundo. Entonces, era quizás injusta con tío Poldo, que la llevó consigo aun niña, y que, para conservar mejor su semejanza con un padre, había permanecido soltero.

No era rico tío Poldo, pero con su sueldo en la administración de impuestos le hubiese bastado para él y una mujercita, la cual habría sabido hacer con juicio—y quién sabe si con la mujer vendría una dote—que ambos se divirtieran juntos. Mas cuando la hermana, al morir, le pidió que fuese como un padre para Rita, ¿qué pudo hacer él sino desposarse con el sacrificio?

Y, en aquel tiempo, todavía era un buen mozo tío Poldo; lindando apenas con los cuarenta. Pero, un día tras otro, pasó un montón de días. Ahora, tío Poldo estaba a punto de cumplir los cincuenta y Rita los veinticinco.

Así, todas las tardes que tío Poldo volvía de la oficina y encontraba todas las cosas en orden, la mesa pronta, la sopa humeando, los suelos lustrosos, y a la sobrinita contenta de vivir en el mundo para prestar encanto femenino a la casa del oficial de impuestos, siempre se regocijaba de haber tomado la sabia determinación de suplir a la hermana muerta.

Solamente alguna vez pensaba: «¡Con tal de que esto dure!»

Estas palabras, sugeridas por el miedo, respondían a un estado melancólico que tío Poldo ocultaba para sí, sabiendo que la desgracia permanece quieta mientras no se la llama.

El día en que la muchacha cumplió los veinticinco años, tío Poldo, armándose de valor le dijo:

—¿No es hora de que tú en vez de trabajar en los ajuares de tus amigas, pienses en el tuyo? Siempre vale más cosa hecha que no por hacer. ¿O es que quieres quedarte soltera?

Rita lanzó una risotada antes de responder; luego afirmó que para casarse se precisaban dos... y que nadie había pensado en ella...

—¿Quién sabe!

—Yo lo sé... Fuera de ti, que eres mi papá y mi mamá, ¿quién se acuerda de Rita?

—Por lo pronto, prepara tu ajuar. Ha de ser, ciertamente, un dolor verte salir de nuestra casa; pero sabré resignarme a esto por tu bien, y la suerte puede una vez ser buena contigo que tanto lo mereciste... y conmigo, aunque no lo merezca. La suerte quizás quiera darte un esposo amante del hogar. Lo sabes bien: mi casa es tu casa y será la vuestra. Prepara tu ajuarito.

Un día, tío Poldo que hizo enviar a casa la tela para las camisas y los vestidos, se puso muy contento. También Rita estaba contenta. Ninguno decía el porqué del contento común.

De poco tiempo a aquella parte, un joven empleado, colega de tío Poldo, cuyo porvenir en la administración de impuestos era prometedor, pasaba las mañanas y las tardes bajo los balcones de Rita, la cual no reparó en él la primera vez; pero luego encontróse, siempre por casualidad, en la ventana. Conocía perfectamente el horario. La ventanita daba a la plazuela de la Rosa. Apenas el señor Somigli aparecía frente a aquel pequeño paraíso, iniciábase el campaneado de dos corazones en plena fiesta.

Era Somigli un lindo mozo, con todo el aspecto de un enfermo del corazón. Vino una vez hasta el umbral de la casa dando la derecha a tío Poldo, a quien parecía hablar con énfasis; y aquella tarde, Rita se escondió tras las persianas. Ante aquel inesperado eclipse, Somigli hubo de perder el énfasis. Tío Poldo, al entrar en casa tenía un apetito feroz, e inútilmente Rita procuró hacerle hablar.

Pero si tío Poldo no hablaba era porque le asistían buenas razones. La mejor era ésta: que el señor Somigli confesó a su superior, a tío Poldo, una cosa perfectamente sabida, esto es la de que el corto sueldo de la administración no presentaba visos de aumentar. Puesto en la pendiente de las confesiones, el bravo joven había develado otra de sus debilidades: la de que no poseía ni la mitad de un cobre ni la más remota esperanza de llegar a la fortuna.

Para no acobardarlo, tío Poldo le confesó que tal y como lo veía ahora, en plena independencia... administrativa, él, tío Poldo, estuvo pobre un tiempo con toda su familia, y que ahora, al fin, las cosas no iban demasiado malamente. Y le pareció haber dicho muy poco para animar a Somigli el acobardado, y que quizás habría dicho un poco más de lo necesario para acobardarle.

Porque después de haber sondado a su superior, Somigli le abandonó vilmente y no le acompañó más. Tal vez hubiera echado mejor sus cuentas y no se abandonó al amoroso fuego que ya amenazaba incendiarle del todo. Pensó, que si el tiempo es el hombre honrado que muchos dicen, le enviaría una muchacha que tuviera, además de un buen tío Poldo, alguna cosa. ¿Qué cosa? Por ejemplo, un poco de dote, no para Somigli, que se bastaba a sí mismo, sino para los otros Somigli que nacieran.

Somigli no entró más en el campo dominado por la ventana de Rita, donde, por muchos días, la muchacha estuvo mirando largamente, en vano. Y también lloró; lloró su sueño apenas comenzado y ya desvanecido. Y tío Poldo, que no podía sentir llorar así a los de su sangre, restregándose las manos llegó a tener una idea casi nueva: ceder a la compañía de seguro de la que era cajero todo el dinero de la fianza, para que creciese entre tanto la dote de Rita. El tenía cincuenta años, apenas; estaba sanote y robusto; su vida podía aún ser larga.

¡Aquella perla de tío Poldo sabría hacer llegar a los oídos de «alguno» alguna cosa digna de oírse!

Efectivamente, no tardó mucho «alguno» en pasar bajo la ventana de Rita para ver a la muchacha, y tantas veces pasó que la pobrecita le puso cara enojada, y algún compañero de la casa de seguros encontró el modo de hacer visitas al generoso tío.

Pero Somigli no volvía. ¿Por qué el hambriento de dote y sediento de bodas no venía? Tal vez encontró ya otra parte hacia donde fijar las codiciosas miradas.

Una tarde vino un médico del cual en la casa nadie necesitaba. Encerróse con tío Poldo; primero le hizo muchas preguntas, después le quiso examinar todo. Aquel jovenzuelo de tío Poldo sintió miedo cuando el doctor percutía sobre el tórax, por si el escualpido pudiese encontrarle una enfermedad mortal.

Por el contrario, tío Poldo fué encontrado sano, sanísimo; podía aún vivir bastante, según el parecer del médico.

Rita, muy seria, dijo al tío: —¿Por qué te haces visitar, tío Poldo?

El pobre, ahora temeroso de tener demasiada salud, tanto como poco antes temía ser un hombre agotado, rióse y no supo contestar.

Entonces Rita le habló así:

—Tú estás muy sano, tío Poldo, y yo quiero decirte de una vez que no quiero dote. Sin dote no se encuentra un marido. Si verdaderamente quieres casarme, cástate conmigo.

Tío Poldo negó admirable-

mente la buena acción que se proponía ejecutar; y en medio del mayor secreto, él y la compañía de seguros terminaron el complicado negocio.

Aquel Somigli de la desgraciada aventura no se dejaba ver; pero un día despuntó sobre el horizonte de la plazuela de la Rosa, y subiendo los escalones preguntó por tío Poldo. Aseguraba tener gran necesidad de hablar a su superior administrativo.

Tío Poldo estaba fuera de casa por casualidad. Somigli aceptó el ofrecimiento de esperarle, y dos veces vió pasar a la que hubiera podido ser la niña de sus pensamientos. Ahora lo veía claro: Rita tenía un rostro sonriente, una mirada vaga. Ella sí que era una viandante en la senda del ensueño. Su palabra era suave, y sus movimientos llenos de gracia no parecían terrenales. Todas estas excelencias podían traer la alegría a un hogar que se contentase con poco; mas cuando lo poco es casi nada necesitase pegarse a las faldas de esa buena madre que siempre se llamará Prudencia.

Somigli, pues, sonrióse durante la larga espera, luego fué casi bueno consigo mismo y se castigó fijando, con actitud pensativa, los ardientes ojos en el pavimento.

Por fin, llegó tío Poldo y Rita no pasó más por el corredor; solamente ambos la oyeron tararear en la habitación más lejana.

—¿Qué viento lo trae por acá?—preguntó tío Poldo.

—Estuvo en la oficina un empleado de la casa de seguros. Tenía necesidad de hablar con usted en seguida. Yo le dije que usted volvería pronto. El empleado se puso a charlar conmigo cuando salimos juntos.

—¿Y por qué no vino él y quién le envió a usted?

Esta pregunta habría hecho enojecer un poco al señor Somigli, si tío Poldo no hubiese agregado:

—Mientras el señor Bezzi iba a la oficina, yo llegaba a la sociedad de seguros. El negocio está hecho.

—¿Hecho?... —balbuceó Somigli, queriendo hacer creer que no sabía nada.

Entonces, tío Poldo reveló su secreto, hablando del doble seguro realizado a favor de su sobrina, para que ella pudiese con mayor éxito buscar un marido. La noticia, dada con abundancia de detalles útiles e inútiles, dejó frío a Somigli.

—¿No hice bien al asegurar a mi sobrina? Cuando yo muera, tendrá ella veinte mil liras contantes y sonantes.

El señor Somigli dijo en voz baja, casi hablando consigo:

—Un seguro en caso de muerte del tío es siempre una cosa buena para la sobrina. Pero el otro fingió no entender.

—¿Qué quiere decir? En caso de muerte de mi sobrina... no hay dote... es necesario que yo muera primero.

—Esto no se sabe nunca—murmuró Somigli.

—Y si esa horrible cosa... hubiera de suceder, ¿qué me importaría el dinero sin esa pobrecita?...

No pudo terminar. Mirando a la cara a su Somigli leyó el pensamiento de aquel hombre prudente. Vió ahora claro que si muriese antes de tío Poldo, Rita casada, cercada de hijos llenos de apetito...

Después de un corto silencio, aquel Somigli tuvo el valor de preguntar:

—¿El contrato está extendido... lo ha firmado? No lo firme—aconsejó el escribiente con audacia.—Yo no lo firmaré.

—Lo sé; usted no lo firmaría—dijo tío Poldo sonriendo, y acompañó hasta la puerta al infeliz Somigli.

Allá, en el blanco cuartito, Rita tarareaba una alegre canción.

Y mientras iba en busca de su sobrina, tío Poldo, que lo firmó todo sin arrepentirse de nada, pensaba que Rita había encontrado un partido mejor que Somigli.

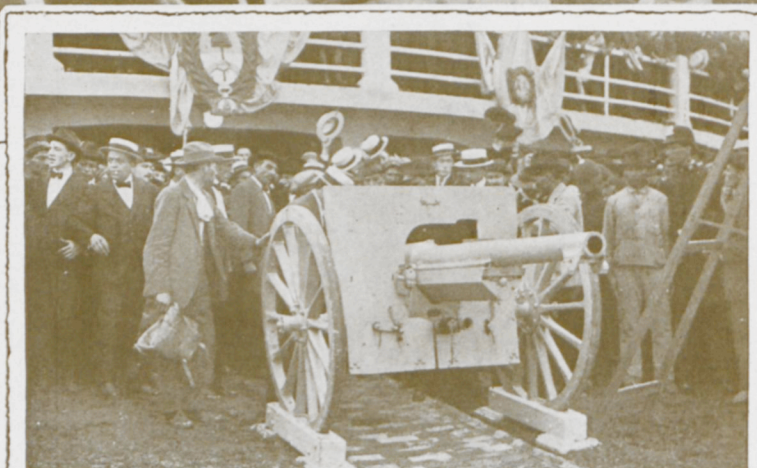
DIBUJO DE SIRIO.



Inauguración del Balneario Municipal.



MONSEÑOR ALBERTI, LA ESCULTORA LOLA MORA, EL INTENDENTE Y EL CORONEL MARTÍNEZ URQUIZA, DIRIGIÉNDOSE AL BALNEARIO.



LA CONCURRENCIA QUE ACUDIÓ A PRESENCIAR EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN OFICIAL.

EL CAÑÓN DEL MARNE, QUE HIZO 21 DISPAROS ANUNCIADORES DE LA INAUGURACIÓN.

La nube viajera



mancha incolora, incierta, imperceptible... Sus contornos se confundían con el color denso de la bruma, y hasta los reflejos que recibía del sol, en su milagrosa ascensión por el cielo, eran apagados y leves; pero a medida que avanzaba, a medida que adquiría nuevas formas y más definidas proporciones, la nube viajera engalanábase con sorprendentes resplandores solares.

Asomado a la pequeña ventana de mi estudio, yo la veía, maravillado y absorto, destacando sus líneas ilusorias sobre la mancha del río gris...

La pequeña ventana de mi estudio, es un punto abierto al infinito. Desde la altura en que se halla, dominase toda la ciudad enorme, monstruosa, llena de inquietud y de duelo... Las calles se

delinean rectas, largas, interminables... En las horas de tráfico, los mil ruidos de la ciudad suben amortiguados, difusos, como una queja triste y prolongada; y más allá de las azoteas, por encima de las negras cúpulas y de los rascacielos altísimos, descúbrese los depósitos uniformes de la Aduana, los rígidos elevadores, las grúas gigantes del puerto...

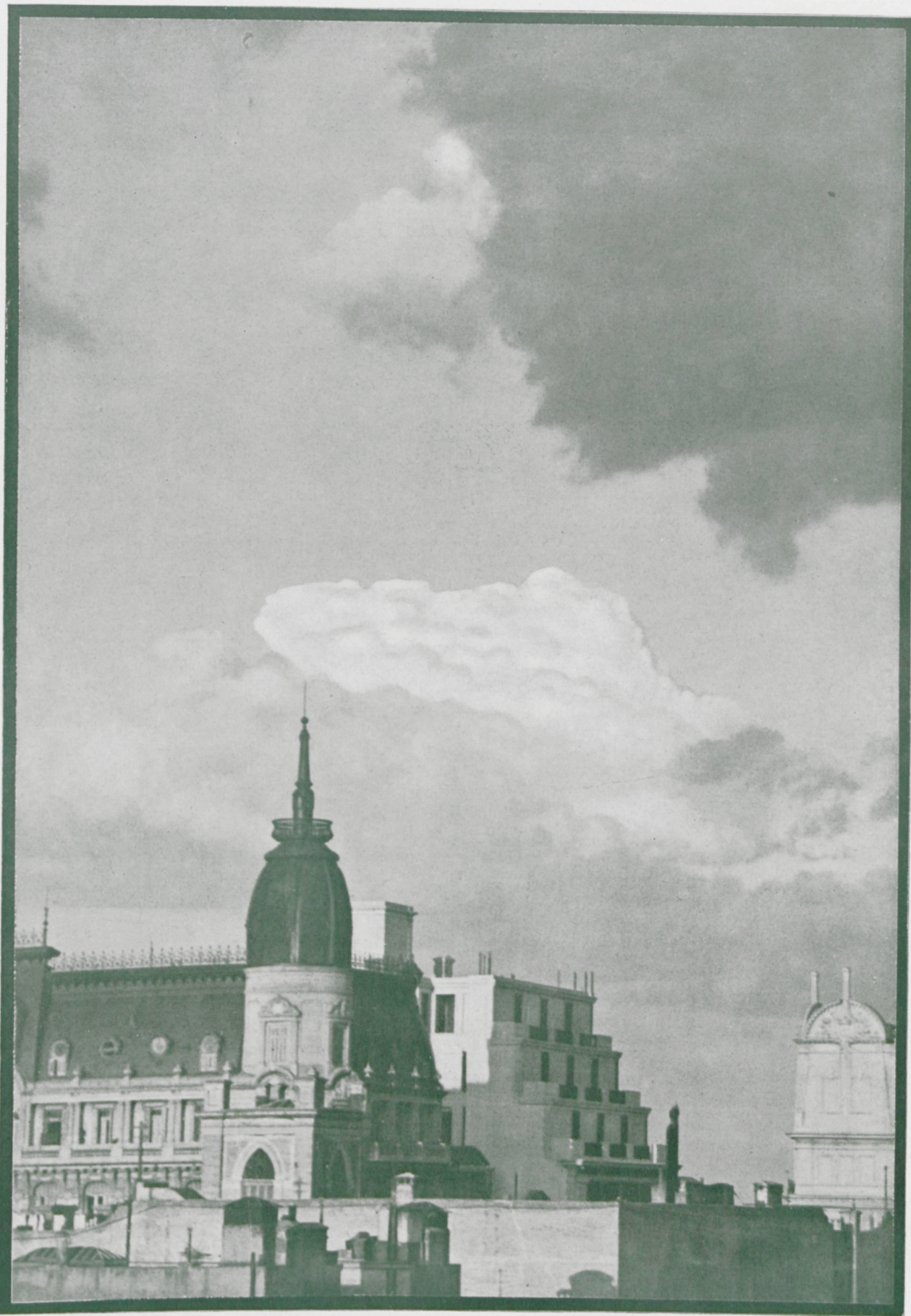
Inmóvil en mi solitario retiro, yo veía la nube viajera, nimbada de azur, cruzando la inmensidad del cielo. Su penacho era blanco como el armiño; movida por las brisas marinas y suspendida en el espacio, daba la sensación de una bandera desplegada, ondulándose graciosamente, a modo de salutación victoriosa. El sol la iluminaba en el crepúsculo, y ardiente por aquel incendio de oro, su mágica belleza se fundía con los colores de la tarde.

En el curso de su carrera, la nube iba cambiando de color y de forma; el crepúsculo la envolvía

con un bello halo luminoso; sus líneas plegábanse armoniosas, y pasando del amarillo al rojo carmín, del azul intenso al esmeralda, del ocre al más bello color de púrpura, se abría de pronto en círculos mágicos, o iba modelando curvas irreales, construyendo senos de mujer y extrañas figuras quiméricas.

Así la contemplaba yo desde mi solitario retiro, siguiendo su lenta peregrinación por el infinito celeste. De este modo llegaba sobre la ciudad, envuelta en crepusculares y luminosos resplandores. La tarde tocaba ya a su fin, y por no sé qué raro sentimentalismo interior, explicable en aquel momento de contemplación y de silencio, vine a caer en una vulgar filosofía; pues viendo como se deslizaba por el cielo azul, tan fugitiva, tan airosa, tan indiferente, pensé que nuestra vida, cruzando por el infinito del tiempo, es también una nube viajera...

MARTÍN DE CLÈVES.





EL ÁRBOL DE NAVIDAD

«COLOCANDO LA COSECHA»

DIBUJO DE LARCO.

Agua de Colonia
Destiladas sobre flores

LE SANCY
Nora
Kendal
Duc



Por su adherencia propia y el aroma delicado y persistente que le otorgan las riquísimas esencias con cuya fragancia inconfundible se perfuma, este nuevo producto de tocador posee una superioridad incontestable sobre todos sus similares.

Precio: \$ 1.70 la caja

«LE SANCY»

SIMPLE

IDEAL PARA EL BAÑO

Frasco grande.....	\$ 3.70
» medio.....	» 2.20
» cuarto.....	» 1.50
» chico.....	» 0.45

AMBRÉE

DELICIOSA PARA EL TOCADÓR

Frasco grande.....	\$ 5.70
» medio.....	» 3.30
» cuarto.....	» 2.—

LOCION

DE RICA E INCONFUNDIBLE
FRAGANCIA
\$ 2.90

«DUC»

ÚNICA POR SU DELICADO AROMA
Frasco grande..... \$ 5.80

«NORA»

EXTRA FINA

Frasco grande.....	\$ 7.50
» medio.....	» 4.50

«KENDAL»

EXQUISITA Y SUAVE

Frasco grande.....	\$ 5.80
Loción.....	» 3.60

NOTA: ESTOS PRECIOS DE VENTA RIGEN SOLAMENTE PARA LA CAPITAL.— PARA EL INTERIOR SE AUMENTAN 20 CENTAVOS LOS FRASCOS GRANDES, TAMAÑO DE UN LITRO, Y 10 CENTAVOS LOS DEMÁS.

RECOMIENDO muy especialmente al consumidor la ventaja que le reporta conservar y devolver los frascos vacíos, por los cuales las casas de venta abonarán los precios que se indican en cada frasco.

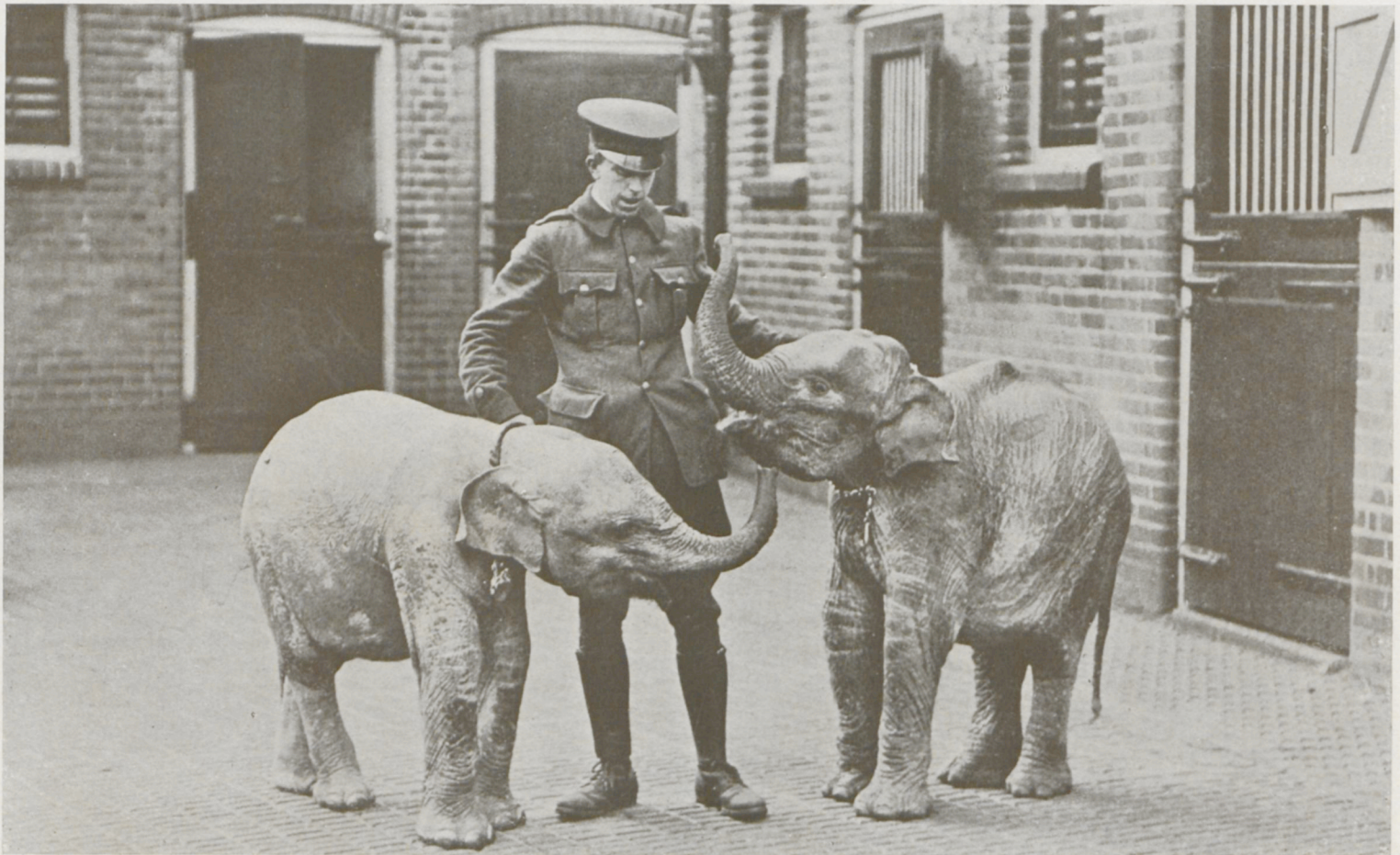
PIDA ESTOS PRODUCTOS EN TODAS LAS
FARMACIAS, TIENDAS Y PERFUMERÍAS.

BLAS L. DUBARRY

MEDRANO, 476 — BUENOS AIRES

-PLUS ULTRA-

ELEFANTES MASCOTAS



DOS PICHONES DE ELEFANTE, COMO DIRÍA EL PAISANO, QUE UN REGIMIENTO INGLÉS DE GUARNICIÓN EN LA INDIA ADOPTÓ POR MASCOTAS. HASTA AHORA, LOS DIMINUTOS PAQUIDERMOS HAN CUMPLIDO SU MISIÓN, DANDO BUENA SUERTE A LOS BRAVOS «TOMMYS».

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA
AL CALOR Y AL FRÍO



SE VENDE EN LAS
PRINCIPALES CASAS
DEL RAMO.

Pon intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es este: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.



BISH REGALO PARA LAS FIESTAS BISH

Unión Telefónica, 1470 (Avenida.)



SE HACEN COMPOSTURAS

ARTISTICO ALHAJERO EN BRONCE

CARTERAS - BOLSITAS
NOVEDADES - MONOGRAMAS

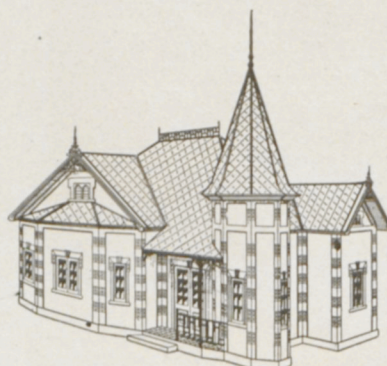
CASA BISH

BISH

ESMERALDA, 81.

BISH

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO COMO RECLAME



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasion.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

\$ 7.800 c/ Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIB.

M O D A S



SOMBRERO FORMA ALGO CLOCHE, TODO DE CINTA DE TERCIOPELO COLOR CORAL, BORDE CON LISSÉ DE LA MISMA, ADORNO DE PEQUEÑO MOÑO, MODELO DE LA MAISON HERMANCE.



BERET NOUVEAU, DE LANA BLANCA BORDADA EN RUBÍ, MODELO ESPECIAL PARA PLAYA, DE LA MAISON TALBOT.



CHAMBERGO «SOUPLE», TODO PESPUÑTEADO EN RICO TERCIOPELO COLOR RUBÍ, SENCILLAMENTE ADORNADO DE CINTA DE RASO AZUL «CORBEAU». MODELO DE LA MAISON MARIE LOUISE.



GRAN CAPELINA DE MELUSSINE COLOR ROSA PÁLIDO, ADORNO DE CINTA DEL MISMO TONO, MODELO DE LA MAISON BERTHE.

DEL PASADO INVIERNO



BARILOCHE, LA PROGRESISTA Y HERMOSA VILLA DE RÍO NEGRO CUBIERTA POR UNA DE LAS COPIOSAS NEVADAS QUE HAN CARACTERIZADO A LA PASADA ESTACIÓN INVERNAL.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

[OJO CON LAS IMITACIONES] NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.



Fajas sobre medida para Señoras y Hombres

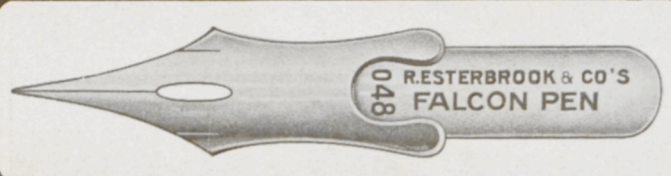
Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier defecto del mismo. - Se aplican en las fajas placas neumáticas, legítimas, para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc., con receta médica. - Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

PORTA Hermanos

341, PIEDRAS, 341 - Buenos Aires

Esterbrook



La pluma más indicada para todos los usos y para todas las manos, es la FALCON No. 048 de ESTERBROOK.

De venta en todas las principales Librerías.



"LA CASPA"

El Special Vegetal Bay Rum no solamente limpia y vigoriza el cuero cabelludo sino que quita completamente la caspa, evita la caída del cabello y, al mismo tiempo, le da suavidad y brillo. Después de lavada la cabeza, es necesario empaparse bien el cabello con Bay Rum puro, dándose una buena fricción y permitiéndole secarse; entonces el cabello asumirá una clara y sedosa apariencia. El Special Vegetal Bay Rum es un preservativo para las canas, se puede emplear para el baño y para las erupciones e irritaciones de la piel, dolores de cabeza, de los huesos, músculos y reumatismo.

Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene de New York.

GRANDE..... \$ 5.-
MEDIA..... \$ 3.50
CHICA..... \$ 2.50

Nuestro Bay Rum es el único legítimo de Santo Tomás y lo garantizamos con nuestra firma.

RECHÁCESE TODO FRASCO QUE NO LLEVE NUESTRA FIRMA DE GARANTÍA EN LAS ETIQUETAS VICTOR DE NICOLÓ y Cia.

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR: no confundir, 25 de Mayo, 266. Buenos Aires, y EN TODAS LAS PERFUMERÍAS Y FARMACIAS.



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE
CARAS Y CARETAS

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.- ^m / _n
Semestre (6 ").....	\$ 6.-
Año (12 ").....	\$ 11.-
Número suelto.....	\$ 1.-

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.-
Número suelto.....	\$ 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.



FELIZ AÑO NUEVO



ENERO 1°

1919

IPERBIOTINA MALESCI

Desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre es, en todas las épocas del año, y en todos los momentos de la vida, el tónico ideal para curar y dar fuerza a los nervios y para purificar la sangre. Las mujeres débiles, los adolescentes y los ancianos hallarán en cada cucharada una esencia de vitalidad insuperable, que reanima el espíritu y hace cuerpos sanos. En especial para las señoras reúne, Iperbiotina Malesci, condiciones imposibles de igualar; porque suprime los sufrimientos característicos del mundo femenino, calma los nervios, devuelve la belleza al rostro demacrado, y reconstruye los tejidos que por falta de nutrición adecuada estaban flácidos y mal desarrollados. Empiece el año bien: Empiécelo curándose con esta preparación admirable.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscrita en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador
en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871
Buenos Aires.





Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2		